

DIALÉCTICA

Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE

Examen de la España actual

Por **ANIBAL PONCE**

I. Sarmiento y España. 1º Introducción.— 2º La revolución burguesa de 1520.— 3º *La España Negra*.

II. La España del Siglo XIX. 1º Las revoluciones del siglo XIX.— 2º El proletariado del siglo XIX.— 3º Contradicciones de la España Anterior a la Gran Guerra.

III. La república del 14 de abril. 1º España y la Gran Guerra.— 2º *La dictadura de Primo de Rivera*.— 3º La república del 14 de abril.

IV. La crisis actual. 1º La comuna de Asturias.— 2º El Frente Popular.— 3º La insurrección del 17 de julio de 1936.— 4º El pueblo en armas.

ANÁLISIS DE LIBROS Y REVISTAS

NELKEN: *Porqué hicimos la revolución*. — *Commune*. — *Europe*. — *Nueva Cultura*. — *Leviatán*. — *La Nueva Pedagogía*. — *Monde*. — *Combat*. — *Vigilance*. — *Femmes*. — *Polémica*.

DE LA VIDA ARGENTINA

Raúl González Tuñón: *Carta a Jacques Maritain*. — Luis Muriel: *El carácter del padre Laburu*.

ECOS DEL MUNDO

Vickers, Bojoris y Krupp. — *Las «Cinco casas» del Japón*. — *Petróleo bruto*. — *¿El final de la crisis?* — *Indochina, colonia*. — *La organización Hearst*. — *El juramento a la República*.

Año I - N.º 7 - BUENOS AIRES - Maipú 220

SEPTIEMBRE 1936

Precio 0.50 cts.

DIALECTICA

REVISTA MENSUAL Dirigida por ANIBAL PONCE

PRECIO DEL EJEMPLAR

0.50 CTS.

SUSCRIPCIÓN A SEIS
NÚMEROS \$ 2.50

SUSCRIPCIÓN A DOCE
NÚMEROS \$ 5.00

REMITASE EL IMPORTE EN
CHEQUE POSTAL A NOMBRE
DE "DIALECTICA"

MAIPU 220

BUENOS AIRES
ARGENTINA

La revista DIALECTICA aspira a poner al alcance de los estudiosos, con un minimum de gastos, el vasto tesoro de los clásicos del proletariado y los nuevos estudios que mediante el método del materialismo dialéctico están renovando la ciencia y la cultura.

Universal por la amplitud de su horizonte, DIALECTICA hará accesible una multitud de ensayos y monografías no traducidos jamás al castellano o que aún en el caso de haber sido traducidos, continúan siendo una rareza de bibliófilos.

En el momento en que asistimos al choque decisivo de dos culturas, es urgente esclarecer, — mediante el tratamiento directo de los clásicos del proletariado, — los caminos que conducirán a la liberación del hombre.

En la realidad como en el espíritu, no es posible ascender de una etapa a otra sino negando y anulando. «El No — decía Hegel — es la palanca del devenir». Pero la negación que la dialéctica impone no es destrucción ni aniquilamiento. De la cultura que agoniza, ella tomará los elementos legítimos para incorporarlos y desenvolverlos en la cultura más perfeccionada que le seguirá.

Y así, negando y afirmando, la marcha en espiral de la dialéctica nos conducirá victoriosamente hacia adelante. Demasiado bien sabemos lo que implica en el momento actual la responsabilidad de un pensamiento para quien no existen los distinguos de la teoría y de la práctica. Aspera es la ruta por la cual nos echamos hoy a caminar. Pero el viejo Heráclito, que entrevió la dialéctica, ahí está para enseñarnos todavía que la lucha — polemos — es la madre de las cosas.

DIALECTICA

AÑO 1 - N.º 7

SEPTIEMBRE 1936

Examen de la España actual

por Aníbal Ponce

I. SARMIENTO Y ESPAÑA

1º Introducción

Tan pronto llegó a Madrid, en Noviembre de 1846, Sarmiento le escribió a su amigo el chileno Victorino Lastarria una larga carta de impresiones sobre España que podría resumirse en estas líneas: España marcha a destiempo de las demás naciones, "dando las doce cuando todos los relojes marcan las cinco" (1)

La observación era justa y merece que la retemogamos. Demasiado bien sé que un hispanoamericanismo zarzuclero (2) se ha empeñado después en hacernos creer que esas opiniones de Sarmiento joven — como las de Alberdi en sus primeros tiempos — no fueron nada más que la expresión de un rencor que sobrevivió entre nosotros a la guerra de la Independencia americana: antipatías de los ex insurrectos contra la vieja metrópoli.

Los más representativos espíritus de España han opinado, sin embargo, en el mismo sentido que Sarmiento, desde Larra hasta Joaquín Costa y Ortega y Gasset. "Cuanto más se medita sobre nuestra historia — dice "El Espectador" — más clara se advierte la desastrosa ausencia del siglo XVIII. Nos ha faltado el gran siglo educador... Este ha sido el triste sino de España, la nación europea que se ha saltado un siglo insustituible" (3)

¿A qué se debe semejante escamoteo? A que España no ha pasado por la revolución burguesa y a que se mantiene feudal en muchos aspectos de su economía y su cultura aún en los tiempos actuales del crepúsculo burgués.

(1) Sarmiento, *Viajes*, tomo II, pág. 23, edición de "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1922. En Altamira, *Histoire d'Espagne*, pág. 205 (Editor Góla, París, 1931, sin nombre de traductor) puede leerse: "Recién a fines del siglo XIX España comenzó a reconquistar el tiempo perdido, pero como ya era demasiado tarde, le llevaban gran ventaja".

(2) Véase en Arturo Capdevila, *Babel y el castellano*, edición Cabaut, Buenos Aires, 1929, una de sus expresiones más ridículas.

(3) Ortega y Gasset, *El espectador*, tomo VII, págs. 106 y 107, edición "Revista de Occidente", Madrid, 1929.

2° La revolución burguesa de 1320

A pesar de que la burguesía española fué cronológicamente una de las primeras de Europa (4) — desde el siglo XIII las manufacturas catalanas vendían sus tejidos en Holanda e Inglaterra y desde el siglo XI eran famosas las sederías de los árabes en Sevilla — lo cierto es que en las luchas que el establecimiento de la Monarquía trajo consigo le tocó a la burguesía la peor parte (5).

Sabido es que la monarquía absoluta, — precursora del Estado burgués — surgió en España, lo mismo que en el resto de Europa, de los conflictos entre la nobleza y la burguesía. Para vencer a los señores feudales, fuente permanente de discordias, los reyes comenzaron por buscar el apoyo de los mercaderes y artesanos de las ciudades que miraban con buenos ojos el nacimiento de un poder capaz de poner a raya las arbitrariedades de los señores.

En retribución a esos servicios, algunas veces; por la fuerza de las armas otras veces, las ciudades consiguieron de los reyes determinados "privilegios" y "franquicias" que, aunque muy rudimentarios al principio, significaron, con todo, una limitación tanto del poder real como del poder de los señores. Fue importante, entre todas, la participación que en las Cortes se concedió a las burguesías. Sus delegados, los "procuradores", asistieron por vez primera, según se cree, a las Cortes de 1163 convocadas por Alfonso II (6). Junto a los intérpretes de las otras clases, nobleza y clero, — o de los otros "brazos", como se decía entonces — los procuradores hicieron oír la voz de la joven burguesía.

Era función especial de las Cortes lo relativo a la aprobación de los tributos o "pechos"; a tal punto que no adquirían fuerza de ley si no habían sido autorizados por ellas. Si se sabe que ni la nobleza ni el clero pagaban contribuciones, y que por lo tanto las cargas públicas caían íntegramente sobre los villanos o "pecheros", se comprenderá el interés de la burguesía en controlar los tributos, por un lado; y en obligar, por el otro, a la nobleza y a la Iglesia, dueñas de la casi totalidad de España, a que contribuyeran en algo a sostener las cargas públicas (7).

(4) La "primera", dice Ganz, *Ensayo marxista de la historia de España*, pág. 19, edición "Cenit", Madrid, 1934.

(5) Marx, *La revolución española*, págs. 71-76, traducción de Joaquín Nin, editorial "Cenit", Madrid 1929.

(6) Blauquez Frailé, *Historia de España*, pág. 159, editorial Sopena, Barcelona, 1934.

(7) "El privilegio más importante de que gozaban los nobles era el de no pagar pechos o tributos y el de ser juzgados por sus iguales". Idem, pág. 217.

Las Cortes tenían, además, otras funciones indirectas, que se acentuaron en el transcurso del siglo XIII: me refiero a una especie de función legislativa que se fué derivando del derecho a "formular reclamos". Los reyes, claro está, los atendían en la medida en que necesitaban de la burguesía. En la lucha cada vez más firme contra los señores feudales, la Corona no tuvo otro remedio que aumentar el número de "fueros" concedidos a las ciudades. Y hasta ocurrió que en defensa de esos fueros llegaron las ciudades a doblegar al mismo rey: como le pasó a Fernando I con la burguesía de Barcelona. Habiéndose rehusado el monarca a pagar una cierta suma, el representante de la ciudad le hizo saber que puesto que así lo exigían los fueros del país, los habitantes de Barcelona estaban dispuestos a hacerlos respetar aún a costa de su vida. Y el rey se sometió (8).

Si el apoyo de las ciudades fué para el monarca una fuerza de primer orden en sus luchas contra los feudales, se ve también en qué medida el potente desarrollo de la burguesía comenzó a inspirar serios temores, no solo a los feudales, sino también a los monarcas. Por eso, después de dominar a los señores y de convertirlos en vassallos, la corona se volvió contra la burguesía para obstaculizarla en su ascensión. Y así como en su lucha contra los feudales el monarca había contado con el apoyo de las ciudades, en la lucha contra los burgueses tuvo de su parte a la nobleza.

Mediadores al principio, entre las dos clases en lucha, los Reyes Católicos fortificaron la monarquía, apoyándose, alternativamente, en la nobleza y en la burguesía. En el transcurso de ese largo conflicto, el feudalismo español consiguió herir a la burguesía con golpes mortales: fué el primero, la toma de Granada (1492) que dió a la nobleza un vasto territorio y un enorme botín, y que privó a la burguesía, al mismo tiempo, del apoyo inestimable de una agricultura singularmente desarrollada, como era la de los árabes; fué el segundo (1483, 1486, 1492) la expulsión de los judíos, que como clase comerciante establecían la unión del campo y las ciudades; fué el tercero, la implantación del terror mediante el tribunal del Santo Oficio (1477, 1483).

Restos vigorosos de la burguesía nacional persistían, sin embargo, a pesar de la terrible sangría que significó la expulsión de los judíos. Como no se la podía arrojar de España bajo la imputación de extranjería, se esperó la ocasión para aplastarla. No tardó en llegar. El nuevo rey de España, Carlos I — el futuro Carlos V de Alemania — traía de Flandes, su país, una amarga experiencia. La burguesía flamenca, más desarrollada que la es-

(8) Altamira, obra citada, pág. 111.

pañola, después de combatir al feudalismo apoyándose en la corona, comenzaba ahora a atacar por igual al monarca y a los nobles. La presencia de un enemigo común les hizo olvidar a los nobles sus viejos rencores con el rey, y pactar la alianza de la monarquía y la nobleza. Gracias a su experiencia de Flandes, sabía Carlos I que la burguesía llegaría a ser un enemigo, después de haber sido un aliado.

Los primeros choques de la burguesía española con el nuevo monarca, tuvieron una máscara política y nacionalista, como que encontraron su pretexto en el hecho de que el rey no hablaba español, en su resistencia a reconocer ciertos fueros, en su cortejo de señores extranjeros. Las Cortes de Valladolid (1518), las primeras, le hicieron llegar la expresión de su disgusto. De mala gana, prometió que las escucharía. Pero cuando al año siguiente solicitó de las Cortes de Santiago de Galicia un subsidio de 40.000 ducados, suma considerable para la época, la burguesía se lo negó. Con dádivas y promesas, trató entonces de corromper a algunos representantes de las ciudades. Pero habían adoptado estas una "tesitura" tal, que no había ya transacción posible. Un delegado de la ciudad de Segovia, el regidor Tordesillas, a quien el monarca le ofreció una buena situación en la Casa de la Moneda, traicionó a la burguesía y votó a favor de los subsidios. A su regreso a la ciudad, el Ayuntamiento se reunió para juzgarlo. El juicio aún no había terminado cuando los cardadores de la ciudad penetraron al recinto, interrumpieron la sesión, se apoderaron del acusado, le echaron una soga al cuello y lo llevaron a la horca.

Por todas partes la revolución surgía retardada, y casi al mismo tiempo, las ciudades más importantes de la península se sublevaron contra el rey y la nobleza. Esto ocurría en 1520. Es decir, un siglo antes que la burguesía inglesa (1648-1689); dos siglos antes que la francesa (1789); la burguesía española presentó batalla al feudalismo.

La sublevación de los Comuneros de Castilla y de las Hermandades de Valencia es una de las páginas más hermosas de la historia de España. Pero aunque la novela y la pintura la han divulgado suficientemente, porque se prestaba a maravillas con su colorido dramático y su acento bravo, los mismos historiadores de la burguesía han disimulado o negado su clarísimo sentido de lucha de clases. Antonio Ballesteros, por ejemplo, no puede menos que reconocer el "carácter social" de la sublevación valenciana (9). Pero al referirse a las Comunidades de Castilla las pre-

(9) "La rebelión de los agermanados fué del pueblo contra los privilegios de la nobleza", Ballesteros, *Historia de España y su influencia en la Historia universal*, tomo IV., pág. 15. Más terminante es todavía Blauquez Fraile, obra

senta como una "lucha política". El carácter de clase de la sublevación valenciana es, en efecto, demasiado visible para negarlo. Fueron sus jefes nada menos que el cardador Juan Lorenzo, el tejedor Guillén Sorolla, el confitero Juan Caro, el carpintero Estellés (10). Organizados en Junta Revolucionaria, no solo obligaron al gobernador, conde de Mérito, a retirarse, sino que fueron durante algún tiempo los dueños de la ciudad.

Los sublevados en Castilla, en cambio, tuvieron por jefes a personajes de tan claro linaje como Juan de Padilla y el conde de Salvatierra. Pero sería una ceguera inexcusable creer que los jefes militares del movimiento, especialmente Padilla, Bravo y Maldonado — en cuyo suplicio la leyenda se ha complacido — fueron los que prepararon la revolución y le dieron carácter (11).

Por una circunstancia especialmente feliz para el desarrollo del análisis que venimos realizando, un representante típico de la pequeña burguesía española contemporánea, el señor Manuel Azaña, ha dedicado al carácter social de la sublevación de los comuneros, las páginas más sagaces que hasta ahora se han escrito. En oposición a Angel Ganivet, que había negado precipitadamente el carácter revolucionario del movimiento, el señor Azaña ha demostrado con buen acopio de documentos que no solo la revolución de los comuneros es similar a "los alzamientos del tercer estado victorioso en Europa mucho tiempo después" (12), sino que los actores del drama sabían con bastante exactitud por qué luchaban. Burguesa fué la revolución, y si hubo caballeros entre sus jefes — como los hubo también en la revolución francesa en los comienzos —, nada le quita eso a que el movimiento fuera esencialmente una insurrección que la burguesía lanzó y los procuradores de las ciudades controlaron; todos ellos, como bien lo dice un documento de la época, "gente muy ordinaria" (13). En cuanto a la conciencia que tenían de los motivos del conflicto, puede comprobarla cualquiera en las reclamaciones de las Cortes y en las palabras de sus cronistas. Uno de ellos, Ayora, plantea con tal exactitud el móvil clasista que condujo a la

citada, pág. 146: "las Germanías personifican en Valencia y Mallorca la lucha social de clases".

(10) Ballesteros, ídem, tomo IV., pág. 16.

(11) Altamira, obra citada, pág. 146, aunque reconoce que el movimiento de los Comuneros fué revolucionario, hace resaltar que sólo el de Valencia "degeneró en rivalidades de clases" (pág. 147). Ballesteros, ídem, tomo IV., página 14, considera al movimiento de los Comuneros como feudal y nobiliario, y escribiría a decir que la revolución francesa no fué un movimiento burgués porque tuvo de su parte, en cierto momento, a Mirabeau y Lafayette...

(12) Azaña, *Plumas y palabras*, pág. 77, "Compañía Ibero Americana de Publicaciones", Madrid, 1930.

(13) Ídem, pág. 51, nota 1.

revolución que no podría hoy añadirse una palabra. Frente a los grandes prelados y a los nobles señores, hay un "estado", dice, de "cuya industria y trabajo todos se sustentan". Con el tiempo, "descubridor de las cosas", añade, el tercer estado ha caído en la cuenta de cómo llevaba toda la carga de "lo civil y criminal" y ha comenzado los movimientos "para desfechar ese yugo" (14).

En un punto, sin embargo, el análisis de Azaña me parece incompleto. Para demostrar hasta donde llegaba el carácter burgués del movimiento, no ha tenido en cuenta suficientemente (15) la herejía religiosa que lo acompañaba. Las primeras revoluciones de la burguesía — lo ha subrayado Engels (15) — se presentan todas bajo una máscara religiosa. Y así fue también en España. Entre las filas de los revolucionarios se contaba una buena porción del clero en rebeldía contra el poder de Roma, y, especialmente, ese andariego obispo Acuña, de Zamora, a quien llamaban con justicia el Lutero español, y que terminó ahorcado de una almena del castillo de Simancas. Contra la nobleza, el monarca y la iglesia de Roma iba dirigido el movimiento que las Cortes de la revolución — la llamada Santa Junta — interpretaban y dirigían desde Torrecillas.

La derrota en Villalar, (23 de abril de 1521), que aventó de un golpe a las fuerzas de la revolución, es la acción militar que más importancia ha tenido en los destinos de España. Punto final de un movimiento pujante que venía creciendo desde el siglo XIII, el combate de Villalar aplastó a la burguesía española para siempre. Toda la historia española desde el combate de Villalar hasta nuestros días, lleva el peso y la tragedia de esa gran revolución que fracasó.

La primera entre todas las burguesías revolucionarias, la española se lanzó precozmente a "desfechar su yugo". Sin la adecuada madurez, quedó más acá de sus propósitos. A remolque del feudalismo, del rey y de la iglesia, la extenuada burguesía llevó desde entonces una vida lánguida y marchita.

3° La España negra

Aleccionada por la sublevación de los Comuneros e identificada desde entonces con la causa del feudalismo, la monarquía, a su vez, no conoció otra política que la infatigable represión. Todo lo que pudiera transformarse en burguesía fué siste-

(14) *Idem*, pág. 76.

(15) Transcribe, sin embargo, un ilustrativo documento de un fraile, como "vocero popular". Ver. pág. 77.

(16) Engels, *Inglaterra y el materialismo*, en "Dialéctica", N° 4, p. 159 y siguientes, Buenos Aires 1936

máticamente perseguido. Las pocas industrias que toleró lo hizo como una merced y a condición de controlarlas.

Setenta años después del suplicio de Padilla, las Cortes de 1593 formularon esta declaración que muestra en su sobriedad tremenda todo lo que significó para España el desastre de su burguesía: "El reino está agotado y en ruinas... Los que todavía tienen algún bien, lo conservan como pueden, llevando una existencia miserable" (17)

En vano el descubrimiento de América le dió al monarca y a los nobles los frutos del árbol de oro. Sin una burguesía capaz de circular y centuplicar la riqueza, el oro de América no hizo nada más que atravesar España. Mientras en Inglaterra el producto del pillaje colonial estimularía muy pronto el trabajo del país hasta crear la gran industria, en España solo sirvió para comprar en el extranjero los productos manufacturados que su burguesía inexistente no podía producir (18). Todo lo que en España significaba un trabajo estaba en manos no españolas: la guerra en los Países Bajos la dirigía el embajador de Austria en Madrid; las finanzas del reino las controlaba Orry, que para eso se lo había ido a traer de Francia; las minas de cobalto de Aragón pasaron a poder de los alemanes, y si no hubiera sido por los holandeses que hacían los mapas de España, ningún español hubiera podido indicar la situación de su ciudad. En 1757 el ministro inglés en Madrid, Mr. Wall, que había montado algunos telares en Castilla, se encontró un buen día con que una de las máquinas se había descompuesto. Y como en España no había nadie que entendiera de máquinas, tuvo que esperar a que viniera un obrero de Inglaterra... (19)

En vano los monarcas trataron de reparar el desastre trayendo del exterior algunos de los obreros más necesarios: la producción nacional siguió siendo incapaz de satisfacer el consumo del reino y las colonias.

En vano bajo Carlos III brilló durante un tiempo la esperanza de un renacimiento. El mal era sin remedio, y no estaba en manos del feudalismo repararlo. Para un país sin burguesía, el trabajo continuaba siendo en plena edad moderna una ocupación indigna y despreciable. La pragmática de 1783 que declaró al trabajo manual compatible con la hidalguía, provocó tales protestas de parte de la nobleza y del ejército que en 1803 una ley debió explicar que la pragmática mencionada no había tenido la inten-

(17) Angel Marvaud, *L'Espagne au XX siècle*, pág. 13, editor Colin, Paris, 1913.

(18) Buckle, *Historie de la civilisation en Angleterre*, tomo IV, pág. 79, traducción Baillet, editor Flammarion, sin fecha, Paris.

(19) *Idem*, tomo IV, p. 127.

ción de colocar sobre un mismo plano los oficios mecánicos y los altos cargos del Estado, sino manifestar simplemente que los oficios mecánicos no eran "en sí mismos envilecedores" (20).

Ejércitos de vagabundos y mendigos, de contrabandistas y bandidos, atravesaban a España en todas direcciones. La vida de los pícaros llegó a ser tan popular que dió origen a un género especial de la novela. Cuarenta palabras tiene el idioma para designar a los vagabundos (21) y el parasitismo impregnó desde entonces y hasta tal extremo la vida de la nación que un español ilustre, Luis Araquistain, ha podido decir que "la vida española, en conjunto, es un vasto y complejo sistema de mendicación mutua" (22).

Bajo una atmósfera semejante ¿qué tiene de extraño que la comisión designada para estudiar la posibilidad de canalizar los ríos Tajo y Manzanares rechazara el proyecto con razones tan peregrinas como éstas?: "Si Dios hubiera querido que esos dos ríos fuesen navegables, le hubiera bastado un simple "fiat" para realizar su voluntad. Sería, por lo tanto, atentar a los derechos de la Sagrada Providencia querer mejorar lo que Ella ha querido que permanezca imperfecto por razones insondables" (23).

Un nación que no quería atentar con el trabajo a los designios de la Providencia, eso era la España Negra entre sus dos vecinas afiebradas, la Inglaterra y la Francia: la Inglaterra que había iniciado ya la formidable revolución industrial del siglo XVIII; la Francia, que maduraba la más perfecta de las revoluciones de la burguesía.

Esa era la España Negra que Sarmiento había visto pasar bajo sus ojos en el invierno de 1846, desde el pescante de una diligencia que ocho pares de mulas tironeaban; negras todas y lustrosas, con grandes plumeros carmesí sobre los moños. "Si yo hubiera viajado en España en el siglo XVI — decía — mis ojos no habrían visto otra cosa que lo que ahora ven". Y entre rezongo y rezongo continuaba observando: "Las producciones de la España son los productos de los pueblos primitivos: lanas, cereales y aceites... Ninguna industria se ha introducido en tres siglos... Ninguna ciudad nueva se ha levantado; ninguna villa se ha hecho ciudad... La diversidad de trajes, muy pintorescos, sin duda, revela, sin embargo, una de las llagas más profundas de

(20) Marvaud, *L'Espagne au XX siècle*, pág. 217.

(21) Ganz, obra citada pág. 47.

(22) Araquistain, *El ocaso de un régimen*, pág. 31, editorial "España", Madrid, 1930.

(23) Altamira, *Historia de España y de la civilización española*, tomo III, pág. 478 Barcelona, 1902.

España, la falta de fusión en el Estado. Las provincias españolas son pequeñas naciones diferentes y no partes integrantes de un solo Estado" (24).

Con su vigor habitual, Sarmiento resumía en esas líneas todo el secreto de la España de su tiempo. Expulsada la burguesía de moros y judíos; aplastada la propia burguesía revolucionaria, España se quedó a vivir de la agricultura de los pueblos primitivos, sin conocer la unidad que sólo puede lograrse en un desarrollo económico más alto. El capitalismo comercial es, en efecto, el gran centralizador. Cuando prospera, las regiones más alejadas y diversas se aproximan y se enlazan; cuando decae, todo tiende a separarse y disgregarse (25). La agricultura primitiva; el regionalismo feudal; las industrias ausentes, fueron el reflejo de un mismo mal: el desastre de una revolución que se había anticipado.

Quando en la plaza de Villalar, subieron al cadalso los tres jefes del ejército comunero, uno de ellos, Juan Bravo, le pidió al verdugo que lo degollara antes que a don Juan de Padilla por que "no quería ver — dijo — la muerte del mejor caballero que quedaba en Castilla". A la distancia de cuatro siglos sabemos ahora que allí moría algo más que "el mejor caballero". Porque todo lo que ocurrió después, ahí está para decirnos que la burguesía española quedó decapitada como clase el mismo día en que el verdugo cortó la cabeza de don Juan de Padilla (26).

II. LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

1º Las revoluciones del siglo XIX

Durante el siglo XIX, España conoció diez constituciones y veintín cambios de gobierno (1). ¿Cuál fué la causa de semejante "inestabilidad"? ¿Acaso "el genio de la raza", "el individualismo ibérico", "el orgullo español", y otras pamplinas por el estilo? La expresión más exacta de lo que ocurrió en la península podría reducirse a lo siguiente. La burguesía española, deshecha en el siglo XVI, algo más entonada durante el curso del siglo XIX, pretendió en seis ocasiones arrebatar el poder al feudalismo: 1808, 1812, 1820, 1854, 1868 y 1873. En las seis oportunidades salió triunfante el feudalismo.

(24) Sarmiento, obra citada, tomo II, páginas 63, 60, 62, 23.

(25) Trotsky, *La revolución española*, p. 52, traducción de O. C. E. editorial "Fénix", Madrid, 1933.

(26) "Las cabezas de los conspiradores cayeron en el patíbulo y las viejas libertades de España desaparecieron", Marx, obra citada, p. 74.

(1) Marvaud las enumera, pág. 26, obra citada.

La invasión napoleónica en España (1808) hubiera sido una oportunidad magnífica para una burguesía madura y decidida. El monarca, los grandes señores y la iglesia se habían arrojado a los pies del invasor, abandonando a la nación con la traición más vil. El poderoso movimiento que se conoce con el nombre de "guerra de la independencia" les fué por completo extraño. Cier- to es que en su línea general la lucha contra Napoleón, al par que nacional, era también reaccionaria y fanática en cuanto defendía el "orden antiguo" contra el "orden nuevo" que Napoleón representaba. Pero si los campesinos sublevados contra el invasor esta- ban impregnados del pensamiento feudal (2), una fuerte minoría en las ciudades costeras, que contaba con el apoyo de los estu- diantes y de los profesionales, veía en la lucha contra Napoleón, pero no contra el espíritu burgués que Napoleón encarnaba, la anhelada ocasión del resurgimiento de España (3). No se equi- vocaban respecto del emperador. En los pocos días que Napo- león en persona vivió en España, suprimió la Inquisición, redujo a una tercera parte los conventos existentes, derogó los derechos feudales, abolió las aduanas interiores (4).

La Junta Central que había tomado a su cargo la defensa de la nación — y que se sentía tironeada entre el absolutismo de Floridablanca y el reformismo de Jovellanos — se inclinó resuel- tamente a la derecha. Y a pesar de que en su seno se hizo escu- char la voz resuelta de Calvo de Rozas — intérprete del "orden nuevo" — la mayoría de la Junta consideró su deber no solo ex- pulsar a Napoleón, sino ahogar en sus comienzos todo intento de revolución.

Las Cortes de Cádiz, en 1812, reencendieron los anhelos de la burguesía. Como los revolucionarios de 1808, no pretendían terminar con el rey. Aspiraban a que la burguesía participara de tal modo en la marcha del Estado que ya no fueran posibles los sobresaltos y las sorpresas del absolutismo. "La Comisión — se dice en el discurso preliminar — ha mirado como esencialísimo todo lo concerniente a las limitaciones de la autoridad del rey". Limitar al rey, frenar al rey, he ahí de lo que más se hablaba. A punto tal que alguien no pudo menos que decir: "Tanto se oye hablar de frenos que parece que fuéramos a crenar un caballo desbocado". Y eso, justamente eso, era lo que la burguesía anhe- laba. Sin control desde la derrota de los Comuneros, la monar-

(2) Fernández Almagro, *Orígenes del régimen constitucional en España*, p. 69 editorial "Labor", Barcelona, 1938.

(3) Marx, obra citada, págs. 89-92.

(4) Blauquez Fraile, obra citada, p. 618.

quía no respetaba límites. "Reducir a la obediencia a un rey des- mandado" (5), quitarle a la iglesia el predominio absoluto, abrir el país al comercio y la industria, hacia ahí apuntaban las Cor- tes de Cádiz. Por desdicha, al mismo tiempo que las Cortes sesio- naban, España estaba dividida en dos partes: una, insignificante, la isla de León, en que aquellas legislaban; otra, casi todo el país, en que se luchaba y moría. Con una frase certera, Carlos Marx ha pintado la ambición y la flaqueza de esas Cortes: "en la isla de León, ideas sin acción; en el resto de España, acción sin ideas" (6).

Ocho años más tarde, la sublevación del ejército que venía para América impuso al rey el respeto de la Constitución. Con esto de particular y significativo: aunque militarmente fué un fracaso la aventura de Riegó, había ya un ambiente tan predis- puesto a la revolución que hasta una falsa alarma fué suficiente para imponerla (7). El triunfo, con todo, duró muy poco (1820-1823). Ni en 1808, ni en 1812, ni en 1820, la burguesía comercial consiguió unificar en su batalla contra el feudalismo a todas las fuerzas dispersas que se consumían en España. Sin decisión y sin aliento, incapaz de imponerse con sus solas fuerzas, la burguesía continuó tullida hasta que encontró a mediados del siglo XIX el apoyo cada vez más vigoroso de una nueva clase social que empezó a incorporarse.

En los alrededores de 1830 aparecieron en España las má- quinas de vapor, y desde esa fecha hasta finales del siglo, algu- nas regiones de la península entraron pausadamente por el ca- mino de la industria. Si tomamos como índice de ese desarrollo el número de kilómetros de vías férreas, encontraremos algunas cifras elocuentes: en 1851, 50 kilómetros; en 1858, 5.400. Aunque sin prisa, como ya dijimos, el desenvolvimiento industrial dió ori- gen a un proletariado cada vez más inquieto. Y tan combativo, además, que cuando en 1854 la burguesía mercantil e industrial se levantó otra vez contra el feudalismo católico, encontró en los obreros una acogida que a ella misma le asustó.

De ciudad en ciudad la insurrección se propagó victoriosa; pero en cuanto los generales que la dirigían obligaron a la reina a retroceder, se espantaron de tal modo de las exigencias obre-

(5) Fernández Almagro, obra citada, p. 111.

(6) Marx, loc. cit. pág. 131.

(7) Marx, ídem, p. 189.

ras que renunciaron a su propia revolución y se pusieron de parte del feudalismo. El 28 de agosto de 1854 fué aplastada en Madrid una revuelta obrera que tenía por objeto exigir a la burguesía el cumplimiento del programa burgués: el famoso "programa de Manzanares" que Cánovas del Castillo redactó. "Queremos conservar el trono — se decía en ese documento — pero sin camarillas que lo deshonren. Lo que deseamos es la estricta observación de las leyes fundamentales, las cuales deben ser perfeccionadas, particularmente la ley electoral y la ley sobre la prensa. Lo que deseamos es disminuir los gastos del Estado, mediante la economía más severa. Queremos que en el ejército y en la administración civil sean tomados en cuenta los años de servicio. Queremos emancipar a los municipios de los efectos funestos de la centralización y establecer la necesaria autonomía local. Queremos, finalmente, como garantía de todo lo mencionado más arriba, el establecimiento de la Milicia Nacional". El documento terminaba pidiendo la creación de Juntas provinciales y la convocatoria de Cortes generales para que "el pueblo mismo —decía— sienta las bases de su libre regeneración". Por ese programa, nada audaz por supuesto, como que se podía realizar íntegramente sin herir de raíz al orden establecido, el pueblo de Madrid se batió tres días en las calles (Julio de 1854). Más tan pronto la revolución triunfó, en vez de "organizar sobre bases firmes" la Milicia Nacional — única garantía del cumplimiento del programa — no se pensó en otra cosa que en arrebatara las armas que el pueblo había esgrimido. Y es que en "el pueblo" de que tanto hablaba la burguesía, los obreros comenzaban a formar el principal contingente del ejército democrático.

En las revoluciones del 68 y del 73 se repitió un proceso similar. Con esta diferencia que le dió fisonomía más moderna: la gran burguesía y la pequeña burguesía, que hasta entonces marchaban a igual paso, emprendieron caminos diferentes. Contra la monarquía de Isabel II, Prim consiguió unificar todas las fuerzas antifeudales del país. Su grito de "¡Abajo lo existente y Cortes Constituyentes!", prometía algo más que un "pronunciamiento" de generales; como los veintidós cañonazos de la flota de Cádiz, anunciaron algo más que la caída de una reina: invitaban nada menos—para usar las palabras del manifiesto—a que "la nación recobrar su soberanía". Aunque victorioso, el general Prim no se atrevió a imponer la república (8). Fué entonces cuando un

(8) "Prim tuvo sus vacilaciones; a la caída de Napoleón III es indudable que pensó en proclamar la República. Desistió quizá por miedo; tal vez por no

representante decidido de la pequeña burguesía, el periodista Paul y Angulo, lo asesinó. La muerte de Prim vino a revelar que sí para asaltar el poder la burguesía había contado hasta entonces con la pequeña burguesía, desde ahí en adelante era ésta la que se decidía a tomar la delantera (9).

En lucha ahora contra el feudalismo y la gran burguesía, pero empujada a su vez por la clase obrera, la pequeña burguesía, en 1873, hizo inevitable la república. Y sucedió entonces la otra diferenciación que nos falta: la clase obrera se apartó de la pequeña burguesía como ésta se había separado de la grande. Durante el mes y ocho días que Pi y Margall estuvo en el gobierno, la pequeña burguesía mostró toda su fuerza y sus defectos: por un lado, su capacidad para empujar a la gran burguesía y decidirla; por el otro, sus vacilaciones y escrúpulos para conducir hasta el fin una gran revolución en la que han echado su fuerza los obreros. Las circunstancias habían puesto la dictadura revolucionaria en manos de Pi y Margall. Ninguno con más autoridad para ello. "Entre todos los republicanos destacados — dice Engels — Pi era el único socialista; el único que se daba cuenta de la necesidad de consolidar la república apoyándola en los obreros" (10). Presentó, en efecto, un amplio programa de reformas sociales (11). "Son las revoluciones políticas — decía — la guerra de clase a clase... Las clases jornaleras tienen hoy el mismo instinto, los mismos deseos, las mismas aspiraciones que tuvieron las clases medias. Y bien, nosotros no podemos resolver todos los grandes problemas que esto trae consigo; pero, ¿quién duda que podemos hacer algo en ese sentido? ¿Quién duda que podemos, cuando menos, realizar las reformas verificadas en otros pueblos...? Entre jornaleros y capitalistas hay una lucha que se verifica de diversas maneras, pero que se revela principalmente por las huelgas, medio esencialmente perturbador que trae consigo grandes abusos... ¿No hemos de poder convertir esta lucha en otra más legal y pacífica? Sustituíamola a las huelgas con jurados mixtos, compuestos de obreros y fabricantes, para resolver todos los problemas relativos a las condiciones del trabajo".

El programa era extraordinario para España, y hubiera sig-

haber visto en la de Francia la decisión y el empuje que tenía". Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX*, tomo V, pág. 50.

(9) Ver un análisis rápido pero certero en Joaquín Maurín, *Los hombres de la dictadura*, pág. 23 y siguientes, editorial "Cenit", Madrid 1930.

(10) Engels, *Los bakuninistas en acción*, "La internacional comunista", 1 de junio de 1934, p. 301.

(11) Está reproducido íntegramente en Pi y Margall, obra citada, tomo V, pág. 207 y siguientes.

nificado un adelanto enorme si Pi y Margall hubiera sido capaz de imponerlo y el proletariado capaz de esperar. Pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro.

Pi y Margall aspiraba a que el proceso continuara dentro de la legalidad y el equilibrio: su hijo, que ha narrado este período de su vida, nos lo pinta en esta frase: "enojosa, pero constante preocupación fué en él, desde el día de la proclamación de la república, la de apagar las impacencias de sus correligionarios" (12). Aunque contaba con su viva simpatía, Pi y Margall se encontró de pronto con otra revolución que él no había autorizado (13): los cantones se adelantaban (14) al trabajo de las Cortes e intentaban por su cuenta lo que se llamaba en esa época "la emancipación inmediata y completa de la clase obrera". Con un heroísmo tan extraordinario como inútil — inútil por lo precoz del movimiento y la falta casi completa de organización — la clase obrera española planteó por vez primera su revolución.

Al mismo tiempo que se alzaban los cantones del Mediodía, el movimiento carlista, profundamente absolutista y católico, y que había hecho de una cuestión dinástica la bandera de la extrema derecha — levantaba en el Norte contra la joven república el fanatismo de sus ejércitos. Entre la extrema derecha y la extrema izquierda, la república no vaciló: saltando por encima de Pi y Margall, que renunció, se lanzó contra los obreros, a quienes consideraba un peligro mayor que los carlistas. Para la burguesía española del 73, como para la francesa del 71, el enemigo entrañable residía en el obrero. "Mis sucesores — escribió Pi y Margall en una página amarguísima — se decidieron a dominar las insurrecciones republicanas sólo por el hierro y el fuego. Pretendieron que debían combatirlos antes y con más encarnizamiento que la de Don Carlos, y llegaron a considerar vergonzosa y en desdoro de su autoridad toda transacción con los rebeldes" (15). La represión fué feroz: a Salmerón y a Castelar les correspondió la triste gloria de aplastar, primero, la insurrección obrera y de arrojar, enseguida, a la república a los pies otra vez del viejo amo.

Cuando a comienzos del siglo XIX, la burguesía se levantaba en las Cortes de Cádiz para desafiar a los feudales, ya la vimos que no pensaba en otra cosa que en retener con sus "frenos" al absolutismo. Ahora que el siglo comenzaba a declinar, la hemos visto arrojándose en brazos de su viejo enemigo porque ya

(12) Idem, tomo V., pág. 253.

(13) Idem, tomo V., pág. 334.

(14) Idem, tomo V., pág. 408.

(15) Pi y Margall, Idem, tomo V., pág. 297.

había llegado ese momento de su vida en que el proletariado le asusta más que los feudales.

2º El proletariado del siglo XIX

Los primeros libros españoles inspirados por el socialismo utópico aparecieron en 1839. El exiguo desarrollo de la industria — pequeños talleres, sin empresas gigantes con grandes concentraciones obreras — dificultó la formación de una clara conciencia proletaria. Mantuvo al obrero dentro del ámbito burgués y le impidió abarcar en su totalidad los problemas específicos de su clase.

A los pocos días de ser elegido presidente de la "Asociación del Arte de Imprimir", el 10 de mayo de 1874, Pablo Iglesias se encontró con una atmósfera extraordinariamente hostil. Y cuando se dió a averiguar los motivos de ese cambio, incomprensible para él, se encontró que el enfriamiento obedecía a este detalle que vale por muchas explicaciones. En el número del "Boletín" de la Asociación donde se dió la lista de la comisión recientemente elegida, todos los nombres iban precedidos del "don", pero a partir de ese día — por sugestión de Pablo Iglesias, según se suponía — en vez de "don" se leía "compañero"... (16). Había bastado suprimir el "don" para que los "señores" del pequeño taller se disgustasen...

En esas condiciones se comprende que haya sido Bakunin y no Marx el jefe espiritual del proletariado español durante el siglo XIX. Fué un amigo de Bakunin, el diputado italiano José Fanelli, el que organizó a fines de 1868, en Madrid, primero, y en Barcelona después, las primeras Secciones de la Internacional de los Trabajadores, cuyo consejo general inspirado por Marx residía en Londres. Pero, buen bakuninista, como ya dijimos, Fanelli fundó al mismo tiempo que las secciones de la Internacional los núcleos secretos de la "Alianza de la Democracia Socialista" que Bakunin inspiraba desde Suiza. De las dos grandes corrientes que ya dividían en Europa el movimiento obrero, una de ellas — la bakuninista — fué por lo tanto la primera que llegó a España y la que encontró de inmediato — dado el escaso desarrollo del proletariado industrial — un ambiente particularmente propicio a su desarrollo (17). En oposición a la corriente marxista que aconsejaba a los obreros una activa lucha política al servicio, naturalmente, de los intereses de su clase, para eliminar así

(16) Morsto, Pablo Iglesias, educador de muchedumbres, pág. 59 editor España Calpe, Madrid, 1931.

(17) Anselmo Lorenzo, El proletariado militante, p. 30 y s., edición Antonio López, Barcelona, sin fecha.

algunos de los obstáculos que impiden su emancipación; la corriente bakuninista predicaba la abstención política y prohibía intervenir en las revoluciones que no tuvieran por objeto "la emancipación inmediata y completa de la clase obrera" (18). En un ambiente como el de la España de entonces, la doctrina y la táctica de Bakunin fueron una verdadera desdicha. En un ensayo justamente célebre (19), Engels ha estudiado los efectos de ese bakuninismo en el levantamiento de los cantones españoles en el verano de 1873. Abandonados por los jefes de la "Alianza" (18), que aconsejaban la "abstención", los obreros participaron a ciegas en las elecciones de las Constituyentes, y como ocurre en esos casos, confiaron su representación — son adjetivos de Engels — "a los más descabellados embusteros" (20). Antes que apoyar a Pi y Margall para obtener de él todas las reformas de orden social que en ese momento la pequeña burguesía podía dar a la clase obrera, se pusieron al servicio de los llamados "radicales intransigentes". Y cuando vieron que estos a su vez los dominaban, los jefes de la Alianza declararon la huelga general. Con lo cual ocurrió que Barcelona, la ciudad industrial más importante, no participó en la insurrección de los cantones. La insurrección obrera se fragmentó en una multitud de pequeños focos y la ciudad que hubiera podido encabezar el movimiento se cruzó de brazos en una huelga absurda, asegurando de ese modo, sin quererlo, la victoria de Madrid.

Anarco-sindicalista en sus comienzos, el movimiento proletario reflejaba necesariamente el atraso económico que ya hemos visto en toda España. La "oposición al estado", la "oposición a la política" y la frecuencia de las "huelgas generales" — decretadas a veces sin ton ni son — han malgastado durante años la combatividad extraordinaria del obrero español y del pequeño campesino. A pesar de un heroísmo individual que no puede inspirar sino el respeto, la energía revolucionaria se derrochó — esa es la palabra — en levantamientos muchas veces improvisados y casi siempre estériles.

A pesar de los esfuerzos de Lafargue — que vivió en España — y de la formación posterior del Partido Socialista — cuyo primer congreso se realizó en 1888 — el control del movimiento obrero quedó durante todo el siglo XIX en manos de los anarquistas.

*
*
*

(18) Engels, loc. cit. N. 6, 15 Mayo de 1934.

(19) Se publicó en español como ya habrá advertido el lector en los números 6, 7, 8 y 9 de la "Internacional comunista", año 1934.

(20) Engels, loc. cit. N. 7, pág. 301.

Este "esquema brevísimo" — como diría Wells — nos permitirá comprender las graves contradicciones que trabajaban a la España del siglo XIX.

Por un lado, el feudalismo monárquico y clerical que continuaba en el poder como si en España el tiempo no corriera; por el otro, una burguesía comercial e industrial, de escasísimo volumen, sometida en lo esencial al imperialismo de Inglaterra y que no podía desarrollarse, por lo tanto, sino en la medida en que no perjudicara a dicho imperialismo. Y frente a los dos, un campesinado miserable y un escaso proletariado industrial, combativo y resuelto, pero con una táctica aturdida y una doctrina insuficiente.

3º Contradicciones de la España anterior a la Gran Guerra

Hasta este momento hemos visto en grandes líneas y a través de un "corte longitudinal" lo más característico del proceso español anterior a la Gran Guerra. Vamos a hacer ahora — en fuertes síntesis, también — un "corte transversal" del mismo proceso para comprender mejor esas contradicciones de que hablamos.

La monarquía feudal estaba apoyada por los grandes terratenientes, la Iglesia, el ejército y la burocracia.

El latifundio daba, y continúa dando, un sello especialísimo a la economía española. Cincuenta mil personas, entre los 24 millones de habitantes, poseen todavía un poco más de la mitad de España (21).

	Número	Hectáreas individuales	Hectáreas por categorías	Porcentaje de la superficie
Grandes propietarios	50.000	464	23.200.000	51,5
Medianos "	700.000	22,6	15.800.000	35,2
Pequeños "	1.000.000	5	5.000.000	11,1
Campesinos pobres	1.250.000	0,4	1.000.000	2,2
Proletarios agrícolas	2.000.000	—	—	—
Total:	5.000.000	—	45.000.000	—

No nos extrañe pues si en esas condiciones, según la estadística del Ministerio de Fomento, en 1898, el 48 o/o de la tierra se quedara sin cultivar.

En cuanto al 52 o/o que se cultiva, los procedimientos de ex-

(21) Ver *Pages Espagnoles d'octobre*, "Editions Sociales Internationales", París, 1934.

plotación son tan atrasados que las cosechas apenas si dan lo suficiente. Lluvias escasas, grandes cambios de temperatura, irrigación artificial casi inexistente, hacen que la agricultura española dependa, como en la Edad Media, de la buena o mala voluntad de Dios. Cuando el campo español estaba en manos de los árabes, el extraordinario sistema de irrigación que ellos aplicaron no sólo aseguraba cosechas magníficas, sino también el florecimiento de las ciudades. Cuando esas mismas tierras fueron conquistadas por la nobleza, las grandes familias que se las repartieron fueron incapaces de cultivarlas. Y, además, les convenía no cultivarlas demasiado. En un país sin industrias, en que toda la riqueza consiste en los productos de la tierra, no puede ser sino perjudicial para los grandes propietarios cualquier sistema de irrigación o de abono que al aumentar la cosecha traería una baja de los precios. Y ahora empezamos a comprender por qué los latifundistas españoles del siglo XVIII, como los del siglo XIX, se oponían a abrir canales que contrariarían la voluntad de Dios. . . . Para no contrariar a esa voluntad, que por rara casualidad coincidía con sus intereses, los latifundistas prohibían mediante derechos de aduana exorbitantes la entrada de productos alimenticios del extranjero. Y mientras por un lado mantenían la agricultura de un país esencialmente agrícola como España, en un atraso para ellos provechoso, defendían por el otro con tarifas aduaneras prohibitivas, el alto precio de los productos (22).

Gran señor terrateniente entre señores terratenientes, la Iglesia Católica está íntimamente unida a la nobleza feudal y comparte con ella la dirección de la política. Si fuerte había sido siempre, más llegó a serlo en el curso del siglo XVII cuando pasaron a sus manos casi todos los bienes de los herejes que con tanto celo, espiritual y temporal, perseguía y despojaba. A pesar de que en esa época las Cortes de la burguesía no eran más que un recuerdo, las de Madrid en 1626 se atrevieron a pedir — claro está que sin éxito — que se detuviera de algún modo el poder de la Iglesia. En ese documento, de un enorme valor, se decía que casi no pasaba un solo día sin que a algunos laicos se les quitara la fortuna en beneficio de la Iglesia, y que ese abuso había llegado a un grado tal que había entonces en España más de nueve mil monasterios (23). Si se añade a eso que varios siglos de In-

quisición habían incrustado en el espíritu público la conveniente creencia que ningún español de fortuna puede ser considerado ortodoxo si no regala a la Iglesia, por lo menos, el tercio de sus bienes (24), es fácil imaginar el poderío de semejante institución. A principios del siglo XIX, ascendían a 266.000 personas todas las categorías del clero y sus sirvientes. "Tan enorme cifra de gente inútil" — para usar las palabras de Pi y Margall — poseía en esa misma época la cuarta parte del valor territorial de toda España (25).

Pero la Iglesia no se contentaba con ser la más rica propietaria de España. Invertiendo en habilidad su fortuna inmensa, ha sabido adaptarse a la evolución del capitalismo. La Orden de los Jesuitas, por ejemplo, poseía el Banco Urquijo, de Madrid, con un capital de 125 millones de pesetas; banco que controlaba, a su vez, a 4 bancos provinciales con un capital de 85 millones. Fuera de eso, los jesuitas eran propietarios de los ferrocarriles del Norte, de la compañía de navegación "La Transatlántica", de varias usinas en Barcelona, de casi todos los naranjales de Andalucía, de las minas de las provincias vascas y del Rif (26). Inecesario agregar que todo inventario es siempre inferior a la realidad, pues en previsión de riesgos posibles, numerosas riquezas han sido colocadas bajo el nombre de amigos obscuros o testamentos dóciles.

Aparte de su excesiva frondosidad — antes de la muerte de Felipe III la catedral de Sevilla ya tenía un centenar de capellanes en vez de la media docena que los Oficios requerían (27) — el clero español tiene un rasgo característico que ha conservado de las épocas feudales: su carácter militar y combativo. En todas las revoluciones porque España ha atravesado, el clero ha luchado con las armas, ya sea participando junto a los combatientes o haciendo fuego con disimulo desde las iglesias y los monasterios. Todos los incendios de conventos que acontecen al día siguiente de las insurrecciones populares, y que tanto saben explotar los religiosos para acentuar su palidez de mártires, obedecen a que los conventos y las iglesias desempeñan además de sus funciones relativas al culto, una función militar no menos eficaz: por su situación, su armamento y sus subterráneos se transforman en el momento oportuno en inexpugnables fortalezas. Entre centenares de testimonios que certifican el carácter militante del clero español hay uno en las "Epistolas" de Guevara que no deja de tener cierto humorismo, y que si era exacto en el siglo XVI

(22) Varga, *España en revolución*, en "La Correspondencia Internacional", número del 16 de junio de 1936, pág. 292 y siguientes.

(23) Buckle, *Historie de la civilisation, en Angleterre*, tomo IV, p. 55, traducción de Baillet, editor Flammarion, París, sin fecha.

(24) *Ibid.*, pág. 168. Ver también nota 2.

(25) Ver detalle en Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX*, tomo I, p. 270, editor Seguí, Barcelona, 1902.

(26) Marvaud, *L'Espagne au XIX siècle*, pág. 193, nota 2.

(27) Buckle, obra citada, tomo IV, pág. 56 y nota 2.

no por eso ha perdido su valor en el actual. "En el combate que dieron en Tordeillas contra los vuestros — escribe Guevara — vi con mis propios ojos a un vuestro clérigo derrocar a once hombres con una escopeta detrás de una almena; y el donaire era que, al tiempo que asestaba para tirarles, los santiguaba con la escopeta y los mataba con la pelota" (28).

El ejército, que seguía a la Iglesia en su situación de privilegio, tenía un carácter parasitario no muy diferente al de esta última (29). En 1898, para un efectivo de 30.000 hombres, figuraban 500 generales, 580 coroneles, 22.000 oficiales... Como no había hombres a quienes pudieran mandar tantos oficiales, se solucionó el problema creando "regimientos" de infantería con 80 soldados y regimientos de caballería sin caballos (30)... Lo cual no impedía que en el Ministerio de Guerra, el servicio de cría caballar costara 18 millones de pesetas al Estado. Y como con esos 18 millones el ejército adquiría 4.000 caballos al año, cada caballo resultaba a un poco más de 4.000 pesetas (31). Inútil decir que si eso ocurría en la caballería, exactamente lo mismo pasaba entre los artilleros. En 1908, la artillería gastó millones para proveerse a la moderna. Lo cual no impidió que en Marruecos los moros les disparasen con cañones tomados a los franceses que alcanzaban dos veces más que los de España (32).

La burocracia de la monarquía española constituía, finalmente, un apéndice importante del feudalismo. La novela y el teatro han difundido ampliamente la figura del "cacique", funcionario de provincia, generalmente propietario o administrador de un propietario importante, que mantenía a su región bajo una verdadera tiranía. Desde el cacique de aldea hasta el cacique de distrito y desde el cacique de provincia hasta el de Madrid, el régimen caciquil —superpuesto al feudal y a su servicio— constituía una vasta jerarquía que atravesaba toda España y sólo en el rey se detenía. Lo que en sueldos se gastaba para ubicar y proteger a los amparados del caudillo, es imposible calcular. No había noble arruinado o en situación difícil que no buscara en el

(28) Azaña, *Plumas y palabras*, pág. 67, nota 1.

(29) Véase en Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX*, tomo 1, pág. 265, la frondosidad del presupuesto militar a comienzos del siglo XIX.

(30) Azaña, *Una política*, pág. 145, editor Espasa-Calpe, Madrid, 1933.

(31) Azaña, *Idem*, pág. 152.

(32) *Idem*, pág. 154.

Estado la pensión de un alto puesto, y como el tren de vida a que la sangre le obligaba, no podía contentarse con la insignificancia del sueldo, quedaba abierto siempre para la coima, y el cohecho, un amplísimo portal.

Instrumento político de primer orden, el cacique de provincia o de distrito constituía para el campesino algo así como un instrumento de la Providencia. La inundación o la sequía, el incendio o el granizo, en una agricultura tan inferior como la española, representan fuentes perennes de zozobras que sólo la influencia o la bondad del cacique son capaces de calmar. Frente al dignatario de la Iglesia, que por lo común aconsejaba rogativas y procesiones, el cacique era la autoridad omnipotente que podía prestar dinero o conseguir subsidios.

Latifundistas, clero, ejército y burocracia, formaban en conjunto el edificio enorme que se mantenía casi por entero del trabajo campesino.

En oposición al campesino rico de la Rusia zarista, que tanta influencia tuvo antes y después de la revolución, el "campesino rico" casi no existe en España, y su intervención puede considerarse nula. En cambio, el campesino pobre —es decir el campesino que además de la tierra que posee o que arrienda, trabaja en otras partes como asalariado— ha desempeñado y desempeña un papel enorme. El nivel social que ocupaba puede deducirse del índice de mortalidad infantil en el campo actual. Para 1932, de cada 1.000 defunciones en Granada, 447 eran niños menores de cinco años (33). Aproximadamente cuatro millones de campesinos pobres vivían en una situación que es difícil distinguir de la miseria. Cuando después de pagar los impuestos, los intereses y los arrendamientos, algo les quedaba para comer, aquellos desdichados consideraban que no habían perdido el año.

Si esa era la situación de los campesinos que disponían de un pedazo de tierra, es de imaginar la situación de los obreros del campo, con salarios doblemente reducidos: porque son bajos y porque sólo les llega alrededor de 150 días en el año.

Esa situación del campesino —cuidadosamente mantenida por quienes la aprovechan— trajo, como ya sabemos, el nulo o casi nulo desarrollo de la burguesía comercial e industrial. La capacidad de consumo de la gran mayoría de los trabajadores del campo para los productos de la industria no puede ser sino exigua; y a su vez el alto precio de los productos agrícolas hace igualmente exigua la capacidad de consumo de la pequeña bur-

(33) Varga, *loc. cit.* p. 298, nota 2.

gucsa, los obreros de la industria y los funcionarios inferiores. Para que el comercio y la industria prosperen es indispensable una reforma agraria que levante el nivel económico del campo. Pero esa reforma —está demás decirlo— no se realizará jamás mientras los terratenientes tengan en sus manos el aparato del Estado. Con la intención de arrebatárselo, la burguesía española realizó las inútiles tentativas que sabemos.

A fines del siglo XIX, el capitalismo de libre concurrencia empezó a transformarse en el capitalismo monopolista cuya disolución trágica estamos sufriendo actualmente. España, que estuvo en el siglo XVIII bajo el control francés, entró desde mediados del siglo siguiente en la órbita del capitalismo inglés. Bajo el estímulo de los Bancos extranjeros (34) prosperaron las industrias de Asturias, Vizcaya y Cataluña. La guerra de Cuba le quitó a España sus últimas colonias, y la obligó a buscar en su propio mercado o en el mercado latinoamericano, lo que el monopolio colonial ya no podía asegurarle. Un discreto florecimiento comercial e industrial creó, entonces, en España, una atmósfera cultural, como sólo había existido en los tiempos de Carlos III. Pero como el feudalismo convivía con la joven industria y la seguía dominando, se exacerbaron esas contradicciones que a tantos extranjeros asombraban; no muy lejos de Barcelona, con sus laboratorios y sus sabios, podían verse poblaciones como la de Vich con una iglesia por cada cuatrocientos habitantes...

Deseosa de una atmósfera propicia para su expansión, pero débil como clase social, y además escarmentada, la burguesía española ha preferido desenvolverse a comienzos del siglo XX sin atacar directamente al feudalismo. Y ya que los feudales de Andalucía y de Castilla mantenían a fuerza de derechos de aduana el alto precio de sus productos agrícolas, la joven industria de Cataluña resolvió seguir un camino similar. Pero las tarifas protectoras que la burguesía ha debido solicitar del Estado feudal, no han hecho más que reducir la capacidad del mercado interior, y entregarla maniatada al feudalismo. Para desarrollarse, ya lo dijimos, la industria catalana necesitaba con urgencia la revolución agraria que aplastase en el campo al feudalismo. Mas tan pronto se decidía a enfrentar a los latifundistas de Andalucía y Castilla, estos le cerraban el paso de dos modos: o retirando las tarifas protectoras, con lo cual la industria española desaparecería bajo la competencia para ella insostenible del mercado mundial, o ame-

(34) Marvaud, pp. cit. pág. 316, 347, 400.

nazando con un procedimiento más sutil: estimulando los movimientos obreros y los atentados terroristas. ¿Cuántas huelgas de Barcelona han respondido sin saberlo a una señal de Andalucía? Estas líneas de Cambó permitirán sospecharlo: "Si un día fuese posible conocer el origen de los atentados que segaron las vidas de Cánovas, Canalejas y Dato, se descubriría, a buen seguro, como no fueron extraños a aquellos crímenes los fermentos anarquistas que para combatir la realidad disconforme catalana, gobiernos conservadores y liberales fomentaron en Cataluña" (35).

Ese era el panorama español desde fines del siglo XIX hasta los días mismos que precedieron a la guerra del 14. La Gran Guerra, ya veremos por qué, alteró en favor de la industria el equilibrio de fuerzas que hasta entonces mantenía inmovilizado al feudalismo. Antes de seguir tratemos de precisar en lo posible las consecuencias de nuestro "corte transversal" de España: contradicciones propias del feudalismo que obstaculizan el desarrollo de la burguesía; contradicciones de una burguesía que aún no ha conquistado el poder en la etapa del capitalismo imperialista y a la cual le empieza a resultar incómodo su propio programa democrático; contradicciones de un movimiento obrero con escasa cultura política, sin un "estado mayor" esclarecido y que debe, para colmo, andar a empellones con una burguesía que no se decide a derribar el feudalismo porque prefiere tenerlo como aliado contra el común enemigo proletario.

III. LA REPUBLICA DEL 14 DE ABRIL

1. España y la gran guerra

La guerra de 1914-1918 benefició en gran escala a la burguesía industrial y financiera de la península. La neutralidad política del estado español estimuló a la industria local y la lanzó no sólo a proveer a los países en lucha sino a participar también en el mercado mundial que los imperialismos comprometidos en la guerra debieron descuidar. El resultado fué asombroso. El comercio español, que en 1913 daba una pérdida de 247 millones, en 1917 dió un excedente de 380 millones (1). La zona industrial de España se pobló de centrales eléctricas, los puertos se multiplicaron, centenares de sociedades anónimas apare-

(35) Maurin, *Los hombres de la dictadura*, págs. 117-118.

(1) "Les problèmes de la révolution espagnole", pág. 30 y sig.; edición de "Les cahiers de Centre Enseignement Proletarien", diciembre de 1931, París.

cieron. Grandes fábricas reemplazaron a los pequeños talleres y empezaron a transformar, al mismo tiempo, el espíritu tan pequeño burgués del obrero español.

Ese año de 1917, que marcó la cumbre del desarrollo capitalista español, se reflejó políticamente en una nueva tentativa para batir al feudalismo. El vuelo que las industrias empezaban a cobrar hacía ver de manera cada vez más imperiosa, la necesidad de arrancar el poder a los feudales, para adaptar la agricultura al nuevo momento del desarrollo económico. Con una agricultura en las condiciones feudales que conocemos, la industria se sentía trabada. La rivalidad económica del Norte contra el Sur — carbón, hierro y algodón, contra el aceite, el vino y el trigo — adquirió por momentos una violencia que presagiaba la insurrección. Si la industriosa Cataluña, con sus tejidos, hubiera formado bloque con la minería de Asturias y la metalurgia vizcaína, para librar batalla a los feudales de Andalucía, Galicia y Castilla, hubiera encontrado de inmediato el apoyo de la pequeña burguesía y del proletariado (2). La revolución democrática que la burguesía española fué incapaz de imponer en el siglo XIX parecía a la vista en el año de 1917. Los países en guerra pedían más y más. De un salto, la industria pasaba al primer plano de la economía nacional; primer plano que durante siglos había sido ocupado por los representantes de la gran propiedad. Los dueños de la tierra habían hecho y deshecho en España desde la derrota de los Comuneros. Sentían que había llegado su hora en ese año de 1917, que ya había visto en febrero venir al suelo la dictadura absoluta de los dueños de la tierra en Rusia. La revolución de Kerensky exaltó el entusiasmo de la burguesía española. Si algo hacía falta para decidirla, ahí lo tenían ahora en el ejemplo de afuera. La "Liga Regionalista" de Cataluña ya no ocultaba su decisión de imponerse. Pero en el tiempo que transcurrió de Febrero a Noviembre, la revolución de Kerensky se transformó en la revolución de Lenin. Ese segundo paso en las revoluciones de la burguesía no podía tomar a nadie de sorpresa: se lo había visto en la revolución francesa del 48 y en la Comuna del 71. Con esta diferencia: que por primera vez en la historia del mundo se sabía que esta revolución de obreros y campesinos no se iba a quedar en la mitad del camino. Si la revolución de febrero enardeció a la burguesía española, la revolución de noviembre le cortó el aliento. Transformar las condiciones económicas de España seguía siendo indispensable, pero el sector de la industria comprendió sin esfuerzo que el sistema de las revoluciones tiene sorpresas imprevisi-

(2) Maurin, "Los hombres de la dictadura", pág. 101 y siguientes.

bles. Y desde entonces, el espectro de una posible revolución a lo Lenin le impidió realizar su revolución a lo Kerensky. El año de su mayor florecimiento terminaba para la burguesía española como el año de los presagios siniestros. En Noviembre de 1917, los industriales españoles resolvieron olvidarse de su revolución y formaron parte del Consejo del Rey junto a los viejos partidos hasta ayer enemigos.

El fin de la Gran Guerra terminó con la situación de privilegio que la neutralidad española había dado a la industria. En 1921 la balanza comercial señaló una caída vertical: el déficit volvía a ser de 500 millones. Los viejos imperialismos que salieron triunfantes de la guerra reconquistaban sus mercados, desalojando sin esfuerzo al imperialismo español. Las hidrocentrales de la península tenían ya muy poco que hacer: los puertos dormían en la soledad, y España se encontró al ser desalojada del mercado con una capacidad de producción muy superior a las posibilidades del país (3). Las fábricas de Cataluña y las minas de Asturias sintieron inmediatamente los efectos: millares de obreros quedaron sin trabajo. Con este agregado poco tranquilizador: si a la burguesía española la revolución rusa de noviembre le heló la sangre, a los obreros, por el contrario, les dió un ejemplo, una esperanza y un método. Industriales y feudales — mano a mano — trataron desde el gobierno de resolver su propia crisis. Y como las soluciones aconsejadas por los unos no complacían a los otros, la discordia entre los dos enemigos tradicionales recomenzó una vez más. Los agrarios aspiraban a reconquistar la totalidad del poder que los intrusos de los últimos tiempos querían compartir, y si pudiéramos reflejar en nombres propios las corrientes que se entrecrocaban diríamos que lo que Cambó preparaba, Sánchez Guerra o Alba lo destruían. La clase obrera, mientras tanto, crecía en peso y en volumen. Ferozmente combatido en los años 1920-1921, el movimiento obrero renacía una vez más, poderoso y resuelto. Cegidos entre dos fuegos, los industriales que seis años antes, en pleno esplendor, suspiraban por una revolución, tramaban ahora, en plena crisis, la dictadura que los salvase. Los desastres en Marruecos que salpicaron a la monarquía y la dejaron en descubierto con su plena responsabilidad, vinieron a colocar de parte de la dictadura a los feudales amenazados. Y la dictadura de Primo de Rivera — 13 de Septiembre de 1923 — nació así, de una alianza entre los industriales que no sabían resolver su crisis y los feudales que ya

(3) Varga, loc. cit., pág. 293.

sentían crujir su trono. Preparando la mordaza al movimiento obrero, el 10 de marzo del mismo año, uno de los más capaces jefes sindicalistas, Salvador Seguí, cayó miserablemente asesinado. La dictadura pasó sobre su cadáver, alejó de un manotazo el control del Parlamento y un mal día se instaló en España.

3°. La dictadura de Primo de Rivera

Aunque poco después de su triunfo el mismo Primo de Rivera se compararía a Mussolini, lo cierto es que ni por su origen ni por su significación podría ser calificado de fascista; ni utilizó la demagogia que atrae a las clases medias y engeceque a los obreros, ni sirvió tampoco los intereses de una industria pesada que en España no existe. Si se analizan, en efecto, las cifras del comercio español se ve que aún después del desarrollo artificial que correspondió al período de la Gran Guerra, los dos tercios de lo que España exporta continúan siendo productos agrícolas. En igual forma un examen rápido de la industria española revela el considerable atraso de la producción metalúrgica, mecánica y química que son las que dan el tono a la gran industria contemporánea. En el bloque que inspiraba a Primo de Rivera — monarquía, ejército, agrarios, industriales — los últimos manifestaron públicamente “su adhesión intangible al programa de gobierno y de regeneración de nuestra patria” (4) que había publicado Primo de Rivera. Pero la industria ligera no puede hablar con la voz de los Thyssen o de los Krupp. Nada más lejos de su capacidad que el gesto iracundo capaz de imponer gobiernos, voltear ministerios, desencadenar guerras mundiales. Un aliado en el bloque en que seguían dominando los agrarios, — y un aliado predispuesto más a la sumisión que a la irreverencia — eso fué la industria ligera durante la dictadura. Acostumbrada a la protección del Estado y no pudiendo vivir sino a su amparo, la vida de la industria continuó dependiendo de las cuotas y de los aranceles: feliz si conseguía alguna nueva “protección”, desfavorada si se la negaban. La monarquía había hecho y deshecho capitalistas como hacía y deshacía condes y marqueses (5). En nada varió a este respecto la conducta de la dictadura.

Durante seis años Primo de Rivera sirvió con bastante habilidad los intereses del bloque que lo apoyaba: a la monarquía, le había conservado la corona; al ejército le dió ascensos y vic-

torias — con la ayuda, es verdad, de los franceses; a los agrarios, les dió tranquilidad en el campo y una vasta riqueza en obras públicas; a los industriales, tarifas proteccionistas y reducción de los jornales obreros; a los banqueros, empréstitos incesantes. Tan frecuentes y copiosos que al comenzar el séptimo año de la dictadura, Primo de Rivera no tuvo más remedio que confesar el desastre de toda su política. El 1° de enero de 1930 le amargó a la burguesía española la fiesta de año nuevo declarando en un artículo de “A B C”, de Madrid, que durante el período de su dictadura la deuda pública había aumentado en 5 mil millones de pesetas (6)...

La crisis propia de España se complicaba ahora con la crisis general del capitalismo que había empezado en 1929. Fuerzas internas y fuerzas externas convergían en contra de la dictadura. Durante la etapa anterior a Primo de Rivera, la monarquía significaba “un equilibrio de los intereses agrarios, industriales y financieros con una ligera ventaja para los primeros. La industria podía desarrollarse solamente en la proporción que no significaba una destrucción del equilibrio creado” (7). Durante el período que fué de 1925 a 1928 la dictadura rompió ese equilibrio en favor del capitalismo industrial. Con un sistema proteccionista como no tuvo parangón, amparó a los industriales en detrimento natural de los agrarios. Hasta ese instante España seguía exportando sus productos agrícolas a Inglaterra, Francia, Italia, los Estados Unidos y recibiendo de ellos artículos manufacturados. Desde ese instante el “nacionalismo económico” de la dictadura disminuyó la entrada de los artículos manufacturados extranjeros, con lo cual si bien protegía a las industrias nacionales obligaba a los agrarios a disminuir sus exportaciones. El trigo de Castilla, el aceite de Andalucía, la fruta de Levante son las tres ramas principales del cultivo agrícola. A las tres perjudicó la dictadura (8); las tres reaccionaron empujando a suspirar por la república.

Por otra parte, los grandes países industriales que apoyaron a la dictadura durante los comienzos, le retiraron su apoyo tan pronto apareció el “nacionalismo económico” a cerrar la entrada a sus productos.

La crisis del trigo, del aceite y de la fruta de que ya hablamos repercutió hondamente entre los trabajadores del campo. La caída de la peseta a consecuencia del desastre económico, con su repercusión sobre los salarios obreros, disminuidos ya en un 10 a 20 o/o por la dictadura, levantó de pronto poderosas huelgas

(4) El manifiesto puede verse en Maurín, “Los hombres de la dictadura”, página 123.

(5) Fañón, “Crítica de la revolución española”, p. 91, editor Aguilar, Madrid, 1931.

(6) Araquistain, “El ocaso de un régimen”, p. 228, nota 1.

(7) Maurín, “La revolución española”, pág. 57, edición Centi, Madrid, 1932.

(8) Maurín, ídem, pág. 63 y sig.

obreras en Sevilla, Galicia, Barcelona y Bilbao. A las huelgas obreras, respondió la pequeña burguesía con una campaña valiente y sostenida. Los grandes terratenientes, amenazados como nunca en sus intereses, comprendieron que la dictadura y la monarquía eran ya insuficientes para defenderlos; el ejército, a quien la victoria sobre los moros, que Francia impuso, le había quitado el paraíso permanente de la guerra colonial, se alejó cada vez más de la corona; los industriales, tan beneficiados por el dictador, se separaron también en cuanto vieron inminente la caída. Los mismos aliados que formaron el bloque inspirador de la dictadura se volvieron contra ella; pero el empuje de las masas obreras y campesinas les obligó a algo más. Si se recuerda que la primera insurrección contra la dictadura (Enero de 1929) tuvo como figura central a Sánchez Guerra, abogado de los terratenientes andaluces; si se observa que la segunda figura en torno de la cual comenzaba a cristalizar el descontento, era nada menos que Alcalá Zamora, gran latifundista de Andalucía, parecerá menos extraño lo que ahora vamos a decir: para continuar manteniendo el gobierno entre sus manos y salvarse a sí misma como clase social, la gran propiedad reconoció que debía sacrificar a la corona. De la noche a la mañana, los grandes terratenientes, monárquicos toda la vida, comenzaron a hacer galas de un republicanismo ostentoso. El problema consistía no en implantar la república, sino en lograrla de manera que no intervinieran las masas populares. En ese punto, los agrarios coincidían, ya lo veremos, con la burguesía y los socialistas. Ninguno de ellos, entendiéndose bien, quería una revolución que implantara la República. Aspiraban tan solo a un cambio de poderes, en el que la república sucedería a la monarquía como un gabinete a otro en cualquiera de las crisis de ministros. Cuando Sánchez Guerra intervino en el complot de Valencia, exigió que no se movilizara para nada a los obreros. Ahora que el Comité Revolucionario tomaba las cosas por su cuenta, Alcalá Zamora se negó a darle un carácter popular al movimiento. La burguesía, por otro lado, no quería sino eso. En granada hasta entonces en el sistema feudal, todos sus intereses estaban ligados a él. ¿Quién podría asegurar que la revolución una vez en la calle no arrasaría al mismo tiempo con el feudalismo y la burguesía? Las huelgas magníficas de los últimos tiempos, ¿no aparecían ya como un testimonio peligroso de la capacidad combativa de las masas obreras? Atraer a la causa de la república el mayor número posible de "elementos de orden" empezó a ser una preocupación constante del llamado "Comité Revolucionario". A tal punto que se ha podido decir con razón que "ser monárquico era entonces el mejor título pa-

ra ocupar un puesto preponderante en las filas republicanas" (9). La labor de captación dentro del ejército obedecía a la misma orientación: se buscaban generales, se rechazaban capitanes. El desdichado capitán Galán, con su ímpetu revolucionario. "aterraba al comité" (10). Galán quería una revolución republicana; el Comité no aspiraba más que a un cambio de poderes. Galán, por otro lado, no ocultaba su desprecio por Alcalá y por Maura, y es posible que su anticipación al sublevarse obedeciera en buena parte a la convicción de que Alcalá era ya, en ese mismo momento, un traidor a la república que aún no había nacido.

Los socialistas, por su parte, le dieron al Comité una desvaída significación de izquierda, pero lo suficiente todavía para hacer creer a las masas obreras que estaban allí como una garantía. Organizado e inspirado por un obrero excelente, pero de cultura escasa y de inteligencia limitada, el Partido Socialista Español no ocultó jamás su desgano revolucionario. Refiriéndose a los otros partidos socialistas europeos que en el curso de los años habían suplantado las luchas de clase por la colaboración entre las clases, Lenin dijo una vez que la social-democracia reformista había convertido el vino generoso en vinagre barato. El Partido Socialista Español, es verdad, no pasó nunca por semejante evolución; desde el comienzo fué vinagre barato. "Yo recuerdo — ha confesado Largo Caballero — que, cuando entré en la Unión General de Trabajadores y en el Partido Socialista, todos íbamos, salvo alguna excepción, por sentimiento nada más, como protesta contra las injusticias de la clase patronal; pero no teníamos una base teórica, un verdadero conocimiento de nuestras teorías; no conocíamos bien lo que era el socialismo y el marxismo; pronunciábamos "el Socialismo" y el "marxismo" como podíamos pronunciar otras palabras; pero conocerlo a fondo, no lo conocíamos, porque no había entonces donde estudiarlo en España" (11). Sin violentar en lo más mínimo ni sus ideas ni su pasado, los jefes socialistas — aliados hasta ayer de Primo de Rivera — colaboraron en el difícil proceso de voltear sin revolución a una monarquía. El procedimiento fué encontrado: había que derribar a la monarquía mediante una elección, porque la elección era el medio más seguro para impedir la acción revolucionaria. El 12 de abril de 1931 votó contra la monarquía la totalidad de España: los feudales, la Iglesia, la burocracia, la burguesía, la pequeña burguesía, los campesinos y los obreros.

(9) Falcón, "Crítica de la revolución española", p. 24, editor Aguilar, Madrid 1931.

(10) Idem, pág. 36.

(11) Largo Caballero, "Discursos", p. 103, edición "Juventud Socialista", Rosario, 1936.

El 14 de abril quedó proclamada la república. Extraña república que al nacer había derrotado, al mismo tiempo, a la monarquía y a la revolución.

3.ª La República del 14 de Abril

En un ambiente festivo (12) había nacido la república: con los flecos de colores y los faroles de papel de las verbenas. Cantos, abrazos, banderas. "Nadie recordaba nada que pidiera venganza" (13). Desfiles regocijantes daban a España algo de la jovialidad de un carnaval, y para que nada faltara en semejante espectáculo, el tenor Fleta, del Teatro Real, fué a cantar la Marsellesa debajo de las ventanas de la Gran Peña, el más aristocrático de los casinos...

¿Qué era lo que el "pueblo" esperaba de la república? Al responder algunos meses después al señor Ossorio y Gallardo que le preguntaba cuál era su concepto sobre la revolución, el señor Azaña dijo: "Nosotros tenemos de la revolución el concepto de una obra de reconstrucción de la sociedad española; el concepto de una demolición de todas las partes viejas de la sociedad española: de una destrucción de todo lo podrido, de todo lo nocivo o arcaico de la sociedad y del Estado español, para sobre estas ruinas, construir una sociedad nueva desde los cimientos" (14).

"Desde los cimientos": eso era en realidad lo que se esperaba. Una revolución de veras; una revolución llevada a fondo: la revolución antifeudal iniciada cuatro siglos atrás por los Comuneros de Toledo y las Hermandades de Valencia. Bajo el auspicio de esas sombras gloriosas se colocaba el mismo Azaña: "Es una cosa que emociona — decía — pensar que ha sido necesario que venga la república en 1931 para que en la Constitución republicana se consigne por vez primera una garantía constitucional (la garantía de la libertad individual) que los castellanos pedían a su vez en 1521" (15).

Republicano sincero, pero con todas las incapacidades de la

(12) Azaña habla de esa "revolución" como de una "revolución singular, toda jovial" *"Una política"*, págs. 50 y 136). Jean Cassou, que entonces estaba en Madrid, recuerda esos días del nacimiento de la Niña — como se llamaba a la República con estos términos: "Journées de renaissance et de verbenes", *Espagne nouvelle, France nouvelle, "Commune"*, Juillet 1936, Paris).

(13) Nelken, "Por qué hicimos la revolución", pág. 20, "Ediciones Sociales internacionales", Madrid, 1936.

(14) Azaña, *"Una política"*, p. 693.

(15) Azaña, *"Una política"*, pág. 437-438. En igual sentido, pág. 374. El recuerdo de los Comuneros ha sido muy vivo en el movimiento liberal español. En 1820 tuvo actuación una logia de tipo masónico que llevaba por título "De los Comuneros o hijos de Padilla". Ver Pi y Margall, obra citada, tomo II, p. 253.

pequeña burguesía, el señor Azaña creía de verdad en lo que estaba diciendo. Para él una nueva era comenzaba en España; y bastaría que las Cortes sancionaran la Constitución que tenían entre manos para que la república española se mostrara inmovible. Algunos años atrás, sin embargo, el mismo Azaña había escrito a propósito de la Junta revolucionaria que dirigió la revolución de los Comuneros: "La candorosa Junta confió en la generosidad de la Corona. Pendiente la guerra, envió al César la Constitución, suplicándole que la aprobase. Don Carlos quiso degollar a los diputados de la Junta. Si se hubiesen preocupado de ganar primero la guerra y de ganarla a fondo, como pudieron, las Cortes habrían votado muy holgadamente cuantas leyes quisiesen... Los españoles de 1814, de 1823, que también tenían Cortes enemistadas con el rey, no supieron la lección. Presumo que mis contemporáneos todavía la ignoran" (16). El mismo Azaña iba a demostrar que la ignoraba. Por que si antes del 14 de abril, el monarca "reinaba" en nombre del feudalismo católico y del capitalismo industrial y financiero; después del 14 de abril, Alcalá Zamora — gran cortijero y fervoroso creyente — había empezado a gobernar en nombre del capitalismo industrial y financiero con el apoyo del feudalismo católico... (17)

Para la pequeña burguesía, sin embargo, la Constitución de 1931 había implantado la república. Su máximo representante, el señor Azaña, en el prólogo al libro en que reunía sus discursos de dos años (18) advertía a los lectores que la producción correspondía a dos épocas: la que va de la república "anunciada" a la república "lograda". Fernando Lasalle nos ha enseñado, sin embargo, que hay constituciones de papel y constituciones reales, y que aquellas sólo valen cuando traducen en lenguaje jurídico una constitución que ya está escrita en los hechos. "Si ustedes — decía Lasalle — tienen en el jardín un manzano sobre el cual colocan un cartel con la siguiente leyenda: es una higuera, ¿el árbol se transformará por eso en una higuera? No. Y ustedes podrán reunir a todo el país y hacer jurar solemnemente a todos los habitantes que es una higuera: el árbol continuará siendo lo que era y al año siguiente se verá que da manzanas y no higos" (19).

En lo que nos queda de este capítulo vamos a ver con qué

(16) Azaña, "Plumas y palabras", p. 59.

(17) No necesario decir que estoy, en este punto, en total desacuerdo con Antonio Ramos Olivera para quien la pequeña burguesía gobernó durante los dos primeros años de la república española. Ver *"La revolución de Octubre"*, pág. 71, editorial "España", Madrid, 1935.

(18) *"Una política"*, varias veces citada.

(19) Lasalle. De la esencia de una Constitución, en *"Dialéctica"*, N.º 5, pág. 225, Buenos Aires.

sorprea, la pequeña burguesía y una parte de las masas obreras y campesinas descubrieron que en el jardín de la república española continuaba dando manzanas la higuera del señor Alcalá.

La república de Alcalá-Azaña-Largo Caballero no resolvió ni uno solo de los grandes problemas que habían levantado contra el feudalismo a las masas obreras y campesinas, y a los núcleos más progresistas de la pequeña burguesía: ni el problema agrario, ni la cuestión obrera, ni los reclamos de las nacionalidades, ni el oprobio permanente de Marruecos. En millares de discursos y centenares de proyectos se prometió a las masas campesinas y obreras el reparto de las tierras y la mejora en los jornales. Pero las "reformas" que se sancionaron no fueron nada más que humo y bambolla. La república del 14 de abril no pensaba en atacar ni a la gran propiedad, ni a la Iglesia, ni al ejército. Aquí o allá, es verdad, se "expropió con indemnización" alguna finca; se toleró el asalto de unos cuantos conventos; se dispuso el retiro "con pensión" de varios altos jefes; se quitó a la Iglesia, en el papel, el monopolio de la enseñanza; se distribuyó algún subsidio a los desocupados... Pero ninguno, absolutamente ninguno de sus compromisos, se cumplió al pie de la letra.

Todo el mundo esperaba que las Cortes recién reunidas empezaran a trabajar con el ímpetu de la Convención en 1793; a realizar, en fin, todo lo que no pudo ni la Junta Central en 1808, ni las Cortes anteriores de 1812. Pero el mismo señor Azaña, que se las daba de jacobino (20), se adelantó a decir que era "una frivolidad" imperdonable suponer que las Cortes pudieran convertirse en Convención... (21).

Las Cortes, es cierto, juzgaron al rey, pero lo condenaron a una pena moral.

La Iglesia fué separada del Estado. Pero ninguna orden religiosa fué expulsada; ni siquiera la Orden de los Jesuitas que en otros tiempos arrojó de España Carlos III, el rey muy cristiano.

La escuela fué declarada laica. "Pero desde que advino la república no hubo un solo ministro de Instrucción Pública que

(20) "La República —decía— tiene derecho a ser respetada, y si no fuese respetada, el Gobierno la hará temer". "Mi criterio se expresa en la acción de Pedro Crespo, que era alcalde popular: Si alguno derriba la silla, yo derribaré la mesa". Azaña, "Una Política", pág. 105 y 55.

(21) Azaña, ídem, pág. 58.

pudiera sustituir en la enseñanza a las Ordenes religiosas. En cuanto lo intentaba, caía" (22).

La Guardia Civil era uno de los instrumentos de la monarquía que más rencor despertaba. Brutaes, tiránicos, arbitrarios, los "civiles" eran el terror de los obreros y los campesinos (23). A los niños traviesos cuando se los retaba, las madres les decían: "eres peor que los civiles". Y a esos "civiles" que el pueblo odiaba, la república, con ligerísimos retoques, los recogió en su seno. "La Guardia Civil — decía el señor Azaña en la sesión de Cortes del 6 de enero de 1932 — tiene por espíritu la obediencia ciega al poder constituido, y lo mismo que obedeció, ciegamente, a la monarquía, obedece hoy ciegamente a la república... En la Guardia Civil no existe el menor espíritu de hostilidad, de rebeldía, de resistencia, de desamor o de disgusto al régimen establecido" (24).

El ejército fué reformado. ¡Ah, la reforma del ejército! El señor Azaña, que era el estadista de la joven república, venía trabajando desde hacía diez años en la reforma del ejército. Cuando pudo realizarla, se las arregló de tal manera que los que pensaron ver en él a un Lázaro Carnot — ya que no a un Trotsky — se encontraron completamente defraudados. El señor Azaña — el "coronel Azaña", como le dicen sus amigos — no rompió los cuadros del ejército monárquico para reemplazarlos por cuadros populares. Se limitó a podar la frondosidad de su burocracia — como ya en 1906 lo había propuesto el general Luque (25) — y a separar a algunos jefes excesivamente comprometidos con Primo de Rivera. Diez mil oficiales, de los 22.000 de antes, pasaron a retiro — con las pensiones por supuesto; quedaron reducidos a 90, los 300 capellanes de otros tiempos; los regimientos de caballería tuvieron caballos... Pero lo esencial del ejército, como lo esencial de la Guardia Civil — su espíritu de clase — continuaba tan intacto que sólo pudo asombrar a los pazguatos la sublevación militar del 10 de agosto de 1932 (26).

De la Reforma Agraria (27) se hablaba también desde la mañana hasta la noche. Funcionó, es cierto, y muy temprano, un "Instituto de Reforma Agraria", con numerosas filiales, altos funcionarios, jefes y subjeses. Pero cuál era el sentido que ani-

(22) Ramos Oliveira, "La revolución española de octubre", pág. 36.

(23) Véase algunas escenas elocuentes en la novela de Joaquín Arderías, *Campesinos*, editorial "Zeus", Madrid, 1931.

(24) Azaña, *Una Política*, pág. 224, 225.

(25) Marvaud, obra citada, pág. 197.

(26) Ver un rápido perfil de Azaña, en general exacto, en Gorkin, *Retrato político de Azaña*, "La nueva Era", Barcelona, Junio de 1936.

(27) Azaña, *Una Política*, pág. 38; dice que es el problema más urgente (17 de julio de 1931).

maba a la Reforma puede verse sin tapujos en estas palabras de Alcalá Zamora al presentar el proyecto de Reforma (25 abril de 1931): "La reforma agraria tiene por objeto prevenir el peligro que amenaza el orden social que nosotros tenemos interés en defender" (28). Y en cuanto a los resultados prácticos de la misma y a la celeridad con que fué aplicada puede servir de indicio esta otra declaración terminante: a los tres años de república, el señor Filiberto Villalobos, siendo ministro de Instrucción, declaró que en su provincia, Salamanca, sólo se había dado tierras a cinco campesinos... (29).

Por lo que concierne a la cuestión nacional — Vasconia, Galicia, Cataluña — todo quedó como estaba. Y en cuanto a la vergüenza de Marruecos, se puede medir hasta donde se intentó resolverla si se recuerda que el general Sanjurjo, jefe de la odiosa guardia civil bajo la monarquía, pasó a ser el "alto comisario" de la república en Marruecos...

Los tilingos dijeron que la república del 14 de abril había sido "la más hidalga de las revoluciones", porque había sido una revolución dentro de la "juridicidad" (30). Está, sin embargo, en la memoria de todos, en qué forma respondió la república a las primeras manifestaciones del desencanto obrero y campesino: fusilando en España a las masas huelguistas, como Sanjurjo fusilaba en Tetuán a las masas indígenas. Castiblanco, Arnedo, Casas Viejas... ¿para qué seguir?

A pesar de la abundante fraseología de izquierda, y la hubo a torrentes, el gobierno republicano de Alcalá-Azaña-Largo Caballero repetía una situación similar a la de los gobiernos que en el 54, el 68 y el 73, se mostraron incapaces de imponer una "democracia" de la que empezaban ya a renegar. Las leyes llamadas de "orden público" y "contra la vagancia", la ley sobre el "arbitraje obligatorio" y sobre "las huelgas" fueron de un clarísimo sentido antiproletario. En vano la joven república continuaba empavesada con varios ministros socialistas. A cada delegación obrera que iba a solicitar mejoras, Largo Caballero le decía: "Amigos míos, tenéis que seguir sacrificándoos por la república. Nada de huelgas, ni de quejas ni de protestas. Lo primero,

(28) Varga, *esc. cit.*, pág. 299.

(29) Ramos Oliveira, obra citada, pág. 174.

(30) Marañón llama a la "revolución" de abril, "modelo en la historia del mundo". Más adelante insiste sobre el hecho extraordinario de que se desarrolló "dentro de las normas jurídicas que suelen aplicarse en las demás revoluciones". Ver la colección "¿Adónde va la república?", págs. 10 y 31.

ahora, es consolidar el régimen" (31). Y cuando le llegaba el turno a Indalecio Prieto, sermonaba así: "Los pueblos deben pedir al poder público y este debe cumplir sus promesas; pero antes han de hacer los pueblos otra promesa solemne: la de sacrificarse, la de callar resignadamente, si no llega lo que se esperaba o llega con retraso" (32). ¿Qué era, pues, lo que ocurría? "El Socialista", del 27 de marzo de 1932 lo dijo sin eufemismos: "La colaboración leal de nuestros ministros, en el gobierno republicano burgués, implica un sacrificio de cada uno de nuestros principios y de muchas de las conveniencias de los proletarios. Ellos, los ministros socialistas, ponen su inteligencia y actividad en estos momentos al servicio de la causa burguesa" (33).

Las elecciones legislativas de noviembre y diciembre de 1933 demostraron hasta donde había llegado la conducta antidemocrática de la república; hasta donde ésta se había entregado a los feudales, y con cuanta habilidad los grandes latifundistas que habían volteado a la monarquía para salvarse como clase, aspiraban ahora a desembarazarse de sus aliados ya inservibles para defender mejor sus intereses.

Mientras por un lado los socialistas aconsejaban la calma a las masas obreras prometiendo "el pasaje gradual del régimen burgués al socialista", los viejos aliados de siempre — feudales, católicos, industriales, financieros — arrancaban una tras otra las máscaras de la república: con la caída de Largo Caballero, al principio; con el ministerio de Samper, después; con el ascenso de Lerroux-Gil Robles al final. De traición en traición, el bloque "republicano" andaba el camino que sólo había recorrido porque el proletariado lo empujaba. En el Congreso Extraordinario del Partido Socialista, el señor Besteiro, que presidió las Cortes de la joven república, declaró una vez: "O nos dejamos arrastrar por los elementos que abusan de nuestra bondad, o tendremos que tener mano dura y ser dictadores. Y yo temo más una dictadura socialista que una dictadura burguesa" (34). Republicanos y socialistas continuaban, como se vé, dentro de la "juridicidad". Y la juridicidad había entregado el gobierno a unas manos tan adecuadas que el 9 de octubre de 1933 el señor conde de Romanones estimó oportuno levantarse en las Cortes a decir que por fin se hallaban en el poder los hombres que España precisaba... (35).

(31) Ver "El Sol", de Madrid, 19 de diciembre de 1931.

(32) "El Sol", del 30 de Mayo de 1932.

(33) Ver para más detalles, "Los socialfascistas en la revolución española", ediciones Edeya, Barcelona, sin fecha.

(34) Citado por Gabriel Morán, obra mencionada, pág. 133.

(35) Ramos Oliveira, obra citada, pág. 24.

Si eso ocurría en el gobierno, ¿qué cosas ocurrían entre el pueblo de veras, el que trabaja y sufre? En algunas regiones "privilegiadas", como por ejemplo la Vega de Granada, donde los obreros agrícolas ganaban en otro tiempo 6, 8 y hasta 12 pesetas, se comenzó a pagar 2, 3 y 4 pesetas. En cuanto a las regiones no privilegiadas, como Badajoz, las mujeres que iban a recoger las aceitunas recibían como premio 85 céntimos al día... (36). ¿Se comprenderá ahora en virtud de cuáles razones "sobraron" en 1934, 6 millones de quintales métricos de trigo, y otros 6 millones en 1935? Cuando se perciben semejantes salarios, ¿quién va a poder consumir pan de trigo? ¿Y si para completar el panorama, añadimos ahora el número de los desocupados: 554.000 en julio de 1933; 666.000 en marzo de 1934? (37).

Esa era, en su tercer año de vida, la república "festiva" del 14 de abril. Como en los tiempos sombríos de Isabel, el partido absolutista católico dirigía los destinos de España. Del brazo, esta vez, de los banqueros más viles y de los aventureros, más sinicratos, un tirano católico, Gil Robles, — a quien el Pontífice besó en la frente, como al otro tirano de Austria, Dolfuss, su hermano en Jesucristo —, emprendió la realización de un vasto plan. Reducción de jornales, aumento de la jornada de trabajo, amnistía para los monárquicos, devolución a los nobles de las pocas tierras expropiadas, reintegración de los militares a sus puestos; todo se fué realizando en poco tiempo, ante el asombro de algunos ingenuos y el aspavento de algunos hipócritas.

Pero entre tanta temonimia, un hecho de un alcance incalculable, la Comuna de Asturias, decidió para siempre, los destinos de España.

IV. LA CRISIS ACTUAL

1º. La Comuna de Asturias

Desde el instante — octubre de 1934 — en que los mineros de Asturias no solo se alzaron contra la reacción encarnada en Gil Robles, sino que proclamaron además la "república obrera y campesina", España dejó de dar las doce cuando todos los relojes señalaban las cinco. Durante quince días los obreros de Asturias defendieron gloriosamente la "primera comuna proletaria";

(36) Nelken, "Par qué hicimos la revolución", p. 48.

(37) Largo Caballero, Discursos, p. 66.

ria"; durante quince días — armas al hombro — demostraron al mundo que el proletariado asturiano, vanguardia de todas las masas explotadas de España, estaba resuelto a no dejarse engañar ni por los abogados de la burguesía ni por ciertos dirigentes que se decían sus "jefes".

Gil Robles había elegido el momento oportuno y se dispuso a dar el golpe. En su discurso del 15 de diciembre de 1934 lo dijo sin ambages: "Tenía la seguridad de que la llegada nuestra al poder desencadenaría un movimiento revolucionario" (1). Dentro de su táctica nada torpe era preferible atajar a los obreros cuando no estaban suficientemente unificados, que dejarlos organizar hasta que se volvieran invencibles. Con una ferocidad que sólo puede compararse a la de Thiers en la Comuna de París, Gil Robles desencadenó sobre Asturias la más espantosa de las represiones. Fusilamientos, torturas, prisiones, destierros, de todo cayó sobre Asturias. La denuncia presentada ante el fiscal de la República por Vicente Marco Miranda; la solicitud de interpelación de Félix Gordon Ordas; el informe de Fernando de los Ríos; la carta de Julio Alvarez del Vayo al presidente del Consejo (2), documentos todos de una exactitud terrible, no reflejan sin embargo más que una parte de aquel horror inenarrable. Porque nadie podrá contar jamás lo que hicieron en Asturias, aterrorizados por la revolución, el bloque indisoluble del ejército, el feudalismo y la banca. Puedo certificarlo yo que poco tiempo después de la masacre he vivido en Oviedo y en Gijón una de las semanas más emocionantes de mi vida. En el hospital y fuera de él, he visto sobre el cuerpo de millares de obreros las heridas, frescas aún, que dejaron las torturas más infames; puedo certificarlo yo que he visto centenares de mujeres por cuyas espaldas se había hecho correr finos chorros de agua hirviendo; decenas de muchachos cuyos labios fueron cosidos con agujas colchoneras... (3).

Pero en vano las cárceles se llenaron de obreros, de estudiantes, de profesionales, de pequeños comerciantes: ochenta mil o doscientos mil, según algunos. Y en vano, digo, porque los mismos torturados que me mostraban sus heridas hablaban de su revolución como de un "ensayo" y me anunciaban para pronto la victoria segura.

Algún tiempo después el ministro Lucía, uno de los agentes

(1) Jesús Hernández, *Hacia el frente único*, pág. 4, "Ediciones sociales internacionales", Barcelona.

(2) Margarita Nelken las reproduce en su libro ya citado *Par qué hicimos la revolución*, págs. 172-255.

(3) Ponce, *Desde París*, en revista "Cursos y Conferencias", de Buenos Aires, tomo VII, pág. 553 y siguientes.

de Gil Robles, le respondió a un periodista que trataba de obtener declaraciones precisas: "¿Qué más queréis que os diga? Las organizaciones revolucionarias prosiguen sus actividades con el mismo espíritu y en las mismas proporciones que antes, como si no hubiera sucedido ninguna revolución en Octubre" (4). El ministro se expresaba mal porque así le convenía: "Como si no hubiera ocurrido la represión más terrible", es lo que no quiso decir.

¿Por qué cayó deshecha la insurrección obrera de octubre en las Asturias? Me limitó a indicar las causas principales. Una de ellas, quizá la esencial, ya la dijimos: la clase obrera no eligió el momento para librar la batalla. La insurrección fue una respuesta a una maniobra que la reacción sabía infalible. Pero si esa causa vale en línea general, hay varias otras tan esenciales como ellas. Asturias, por ejemplo, no debía constituir más que un foco en la sacudida que pondría de pie a toda España. Por insuficiente madurez del movimiento, los grandes centros de la península contestaron a destiempo o respondieron débilmente (5). Pero aún así y a pesar de la represión pavorosa, la Comuna de Asturias ha tenido en la historia contemporánea una influencia tan extraordinaria que en mi opinión comienza con ella el más glorioso capítulo de la España Nueva.

Si recordamos un momento la desigual conducta de las masas frente a la reacción en los últimos quince años, los ejemplos de Italia, Alemania, Austria y España representarían otras tantas formas que han venido a enriquecer la experiencia de los trabajadores. En Italia no se supo comprender la situación política y una gran ocasión quedó perdida. En Alemania, las masas mal dirigidas fueron retrocediendo sin presentar batalla: la batalla que en Austria se dió cuando ya era demasiado tarde. En España, en cambio, las masas no esperaron a que la reacción asumiera la plenitud de su fuerza: tan pronto la vieron erguirse se lanzaron a luchar con heroísmo ejemplar. Faltó el enlace suficiente con los otros centros que sólo hubiera podido levantar la insurrección a una escala nacional; faltó el apoyo de los campesinos, que casi no se empeñaron en la lucha; faltó la colaboración de una parte del ejército, y sobró, en cambio, para desdicha del movimiento, el alboroto y la fanfarronada del pequeño burgués, que después de haber lanzado en Cataluña el grito de "república independiente", sintió a las pocas horas que el corazón desfallecía.

(4) Hernández, loc. citada, pág. 6.

(5) Véase un análisis en Maurín, *Hacia la segunda revolución*, pág. 256 y siguientes, edición "Alfa", Barcelona, 1935. Manuel Grossi, un minero que tuvo parte destacada en el movimiento, nos ha dejado un relato de un gran interés en *La insurrección de Asturias*, ediciones "La Batalla", Barcelona, 1935.

La insurrección de Asturias, derrotada porque no tuvo la colaboración que le era necesaria, dejó sellado, creo yo que para siempre, el frente único del proletariado revolucionario: socialistas, anarquistas y comunistas pelearon hombro a hombro con igual denuedo. Y esa unidad de los trabajadores que la lucha impuso, repercutió en la doctrina y en la táctica de sus propios jefes. A los pocos días de la revolución, Araquistain expresaba el sentir del Partido Socialista en estas líneas por demás elocuentes si se piensa que pasaron bajo el ojo del censor: "Los socialistas nos olvidamos de lo que éramos y fuimos durante dos años sólo liberales y demócratas, como lo eran los liberales y demócratas del mundo entero" (6). En la timidez aparente del lenguaje hay la confesión de un gravísimo pecado, con la promesa implícita de redimirlo. Y esa rectificación de la táctica hasta ayer suicida del Partido Socialista, no ha sido por cierto una de las consecuencias menores de la insurrección. Refiriéndose a la "Comuna" de París, Marx escribió: "Los canallas burgueses de Versalles han colocado a los parisienses en la alternativa de aceptar el reto o sucumbir sin combate. En este último caso, la desmoralización de la clase obrera sería una desdicha mayor que la pérdida de cualquiera de sus jefes". Por eso, por haber aceptado el reto, y librado la batalla, el proletariado de Asturias salvó al proletariado de España y dió a la marcha de la política la orientación que trajo la caída de Lerroxx-Gil Robles y el triunfo del Frente Popular.

2. El Frente Popular

Antes que ninguno, el proletariado de París había lanzado con motivo de la intenciona fascista del 6 de Febrero, la consigna del Frente Popular. En las calles y en las barricadas se había constituido la militante alianza de todas las izquierdas. En oposición al frente internacional de las derechas, con su cortejo siniestro de dictaduras fascistas, se ponía de pie ahora ese otro frente aguerido de la izquierda en que formaban por igual los obreros y los sabios. Pero si en París nació el Frente Popular entre el tumulto de las plazas públicas, en Asturias nació entre los cañones y las ametralladoras, bajo el signo famoso de las letras simbólicas: "U. H. P.". "¡Uníos, Hermanos Proletarios!"

(6) Araquistain, *La incompatibilidad con los socialistas*, en "Levántate", noviembre de 1934, pág. 2, Madrid. Compararla con esta frase de Besteiro, pronunciada un año antes, el 14 de Octubre de 1933: "Con el Estado Democrático que hemos creado, con la carta fundamental como pieza jurídica que tiene nuestro país, existe margen suficiente para defender los intereses generales de la clase obrera". Ver Octubre, pág. 35, editorial "Renovación", Barcelona. Folleto redactado por el Comité Ejecutivo de la Federación Nacional de las juventudes socialistas.

El ejemplo de Octubre fué tan decisivo, contagió de tal manera a las masas obreras españolas, dió una tan poderosa impresión de firmeza que arrastró consigo a todas esas otras capas vacilantes que no siendo obreras en el sentido estricto —pequeña burguesía, intelectuales, empleados, estudiantes— son, sin embargo, a igual que los obreros, las víctimas directas del fascismo. La demoralización de la derecha había llegado a tal extremo a pesar de su "triunfo", que en el espacio de un año se produjeron no menos de seis crisis ministeriales. Constituido en España el Frente Popular, las elecciones del 16 de Febrero de este año lo llevaron al poder. Gracias a él, la república fué reconquistada; pero la alianza de feudales y banqueros no había sido, ni con mucho, eliminada. Para colmo, Azaña, que reaparecía, había demostrado de sobra que no era un enemigo de temer. Y entre las fuerzas obreras que tironeaban a la izquierda, y Azaña que ponía la proa hacia el centro, las fuerzas de la derecha no se inquietaron demasiado. El jefe del fascismo clerical, señor Gil Robles, declaró sin apurarse mucho: "Debemos confiar en el sentido político del señor Azaña"...

Verdad que apenas las elecciones demostraron el triunfo de las izquierdas, 30.000 revolucionarios encarcelados recobraron su libertad; volvieron los antiguos Ayuntamientos que habían sido depuestos por la reacción; fueron reintegrados gran parte de los obreros despedidos; quedaron restablecidos los derechos de huelga y de reunión; desaparecieron los alardes de las bandas fascistas. No por eso el bloque temible que dirigió durante siglos los destinos de España se consideraba definitivamente desplazado. Por más aplastante que sea, una elección no puede reemplazar jamás a una revolución. En las sombras, primero, con menos prudencia después, los agrarios y los banqueros continuaron movilizándose sus reservas desde las nuevas posiciones a que habían retrocedido.

El gobierno, por otra parte, no era en el sentido estricto un gobierno de Frente Popular, sino un gobierno de izquierda que el Frente Popular apoyaba y presionaba, pero un gobierno temeroso siempre de que las masas lo desborden. En una entrevista con cedida al diario "Paris-Soir", Azaña declaró el día 20 de Febrero: "Nosotros hemos establecido en vísperas de la campaña un programa mínimo de reformas. Nosotros nos atenderemos a él. Yo quiero gobernar de acuerdo con las leyes. Nada de novedades peligrosas. Nosotros queremos la paz social y el orden. Somos moderados".

Casi cinco años habían transcurrido desde aquel 14 de Abril en que nació en España la república "jovial". Experiencias te-

rribles se habían acumulado desde entonces, y ya estaba, entre todas, la Comuna de Asturias con su clara palabra. Como en los tiempos de las Cortes Constituyentes, Azaña seguía siendo el hombre de la "juridicidad". A pesar del impulso de las masas, el programa del Frente Popular —nada excesivo, quedó dicho— empezó a cumplirse con desgano. Por desgracia algunas disensiones entre grupos socialistas, comunistas y sindicalistas —que no habían dominado del todo sus viejas rivalidades o que las sintieron renacer bajo la influencia interesada de los provocadores—, llegaron muchas veces hasta el atentado a mano armada. Si eso ocurría entre las filas de la revolución, ¿qué tiene de extraño si los elementos más tibios del gobierno, cuya aptitud es difícil distinguir a menudo de la traición, trababan o retardaban la realización del programa prometido?

Esta vez, sin embargo, las masas obreras y pequeño-burguesas ya estaban curadas de ilusiones reformistas. Los mismos que hace años prometían la "lenta y progresiva realización" de todas sus aspiraciones, eran los mismos que ahora —dicho sea en honor del Partido Socialista Español, que supo salir a tiempo del pantano— las ponían en guardia contra los viejos errores (7). Nada ya de confiar a otras clases el cumplimiento de lo prometido. Por sus propios medios, los obreros y campesinos empezaron al día siguiente de las elecciones de Febrero a conquistar las mejoras que deseaban. Mientras los abogados discutían, los campesinos ocupaban las tierras, los obreros se apoderaban de las fábricas. Eremburg, que anduvo por España en esos meses, nos ha dejado un cuadro singularmente expresivo (8). Pocos ejemplos nos permitirán reconstruirlo. En Asturias, algunos patronos decretaron el "lockout" a sus obreros. Con el pretexto de que había demasiado carbón, suspendieron los trabajos. Los obreros, entonces, resolvieron continuar la explotación por ellos mismos. — En Barcelona, los trabajadores de una vidriera dirigen también la fábrica que su dueño abandonó. — En Madrid, los empresarios de los tranvías no querían reincorporar a los obreros despedidos en Octubre de 1934. Y no los reincorporaron a pesar de los decretos del gobierno. Las cosas hubieran quedado ahí, si los obreros no se hubieran apoderado de la empresa: los tranvías llevan ahora las letras gloriosas que los obreros de Mieres lanzaron en Octubre como santo y seña: U. H. P.

Adonde el gobierno del Frente Popular no puede llegar, por-

(7) Largo Caballero, *Discursos*, edición de la "Juventud Socialista Deportiva y Cultural", Rosario, Argentina, 1936.

(8) Eremburg, *La revolución española vista por un escritor soviético*, en "Leviatán", 1º de Julio de 1936, Madrid.

que no tiene prisa o porque no se decide, ahí están los obreros para alcanzarlo. Porque lo cierto es que en los cinco meses de gobierno, el Frente Popular no demostró, no digo ya la celeridad con que en Francia impuso su programa, sino, ni siquiera la capacidad defensiva que le hubiera llevado a desmontar la máquina que Lerroux y Gil Robles armaron laboriosamente. Bajo el gobierno de Gil Robles fueron concedidas 250.000 "licencias de armas": para los monárquicos, los carlistas, los católicos, los nacional sindicalistas, los primorriveristas. Es decir, todos los matices de la reacción. Día tras día, en la República del Frente Popular, los militares anunciaban su golpe de mano, el clero predicaba la guerra santa contra el marxismo, los fascistas disparaban sus pistolas contra los obreros. En las calles de Navarra podía leerse en cualquier esquina, "¡Viva Dios y muera Azaña!". Y mientras el ex duque de Hornachuelos seguía siendo propietario de 50.000 hectáreas sin cultivar, 11.000 campesinos de Olivenza no tenían a su disposición ni siquiera una lonja de terreno.

Cierto es que en algunas regiones, los campesinos resolvieron sus asuntos como los obreros hicieron con los suyos. El 9 de Marzo de este año —y es posible que la fecha quede marcada para la historia—, los campesinos del pueblo de Cencientes, de la provincia de Toledo, se dirigieron al dominio de un señor, desarmaron a los guardias, levantaron un inventario minucioso, desvolvieron los objetos de lujo que no servían para el trabajo, y dejaron constancia en acta pública que la finca pasaba a ser propiedad común. Nada más que en la provincia de Toledo hay ya casi una cincuenta de estas explotaciones colectivas, que espontáneamente han creado los paisanos. Signo bien elocuente de la voluntad y la conciencia de las masas españolas, pero signo no menos elocuente también de la debilidad, la indecisión, la tibieza, o lo que sea, de la República del Frente Popular. Los campesinos y los obreros deben conquistar por sus propias fuerzas las nuevas formas de vida que la República de Abril y la República de Febrero no hicieron nada más que prometerle.

En estas circunstancias y en esta atmósfera estalló el 17 de Julio de 1936, en la plaza de Melilla, el movimiento restaurador que ha convertido a España en un campo de batalla.

3º. La insurrección del 17 de Julio de 1936

Tan pronto llegaron las primeras noticias de la sublevación algunos hechos significativos se destacaron: Lerroux y Gil Robles habían huido de España; Franco y Sanjurjo aparecían como jefes militares; March, como uno de los tantos banqueros que

financiaban la revuelta. De los dos primeros, ya sabemos lo bastante: Gil Robles, como representante de los grandes terratenientes y como agente convicto del Vaticano; Lerroux, como abogado vil de la burguesía industrial y financiera, formaron la pareja sangrienta que aplastó en Octubre la insurrección de los obreros. A Sanjurjo ya lo vimos como jefe de la Guardia Civil y como primer insurrecto contra la república de Azaña. De los otros dos, nada hasta ahora habíamos dicho en esta síntesis apresurada que apenas si se detiene en los nombres personales. Pero ahora es importante dedicarles cuatro líneas.

Un escándalo notorio hizo popular dentro y fuera de España a la siniestra figura del banquero Juan March; aventurero de la peor especie que Manuel Benavidez ha llevado a la novela bajo el título por demás elocuente de "El último pirata del Mediterráneo" (9). Entre crímenes y estafas, el contrabando le permitió reunir una fortuna inmensa. La opinión pública veía en él y a tal extremo la repugnante corrupción de la Monarquía y la Dictadura, que la república del 14 de Abril no tuvo más remedio que llevarlo hasta la cárcel (15 de Junio de 1931). Pero la república del 14 de Abril —ya sabemos por qué— tenía el corazón tan blando que se dejó enternecer. En las salas de la cárcel, en el centro de vigilancia, en las galerías, March recibía a sus colaboradores, discutía con sus amigos, transmitía órdenes y firmaba cheques... Los oficiales de la cárcel se sacaban la gorra cada vez que le hablaban. Y un buen día, lo dejaron escapar (10).

Ese es el hombre en quien no falta una sola de las lacras del antiguo régimen y que contribuye a financiar hoy con sus millones la restauración del mismo régimen que lo engendró y protegió.

La represión de Asturias dió vasta nombradía al general Franco, que hasta entonces no tenía otra reputación que la de un buen "africano". Para deshacer las insurrecciones del proletariado, las burguesías con imperio colonial en África han tenido siempre en sus generales de Argel o de Marruecos, los instrumentos más adecuados de su venganza. Fué un general de África, Cavaignac, el que masacró a los obreros de París en la primera gran insurrección del proletariado (jornadas de Junio de 1848): es ahora, Franco, otro general de África, el que repite contra la República del Frente Popular la misma marcha que en tiempos de Lerroux-Gil Robles trajo la derrota de la "Comuna" de Asturias. A Franco se debe, en efecto, el feroz hallazgo del Tercio extranjero como la más adecuada de las armas en las luchas contra el proletariado. Formado con la escoria de todos los países,

(9) Editorial "Comos", Barcelona, 1934.

(10) Benavidez, *El último pirata del Mediterráneo*, pág. 345 y siguientes.

los tercios de Africa están acostumbrados desde hace muchos años al asesinato y el pillaje. En esa forma se les dijo que se debía "pacificar" a los indígenas; en esa forma se les repitió después que debían pacificar a los obreros. Con esos miserables, Franco aconsejó que se pusiera punto final a la protesta de Octubre; con esos mismos miserables se dispuso ahora a poner punto final al ascenso revolucionario de las masas. Porque todos estos grandes de España que se han pasado la vida haciendo gárgaras con la religión y con la patria, aceptan invariablemente los aliados más inverosímiles cada vez que sienten temblar el suelo bajo los pies. En el momento más difícil de la sublevación de los Comuneros, cuando el poder de Carlos V estuvo en un tris de derribarse, el condestable de Castilla le aconsejó al emperador que pidiera el apoyo de los turcos... Ahora que los bisnietos de generados de ese mismo condestable comprenden que la Historia los ha arrojado para siempre, no vacilan tampoco en reclamar el auxilio de los banqueros más turbios, ni en prometer a Italia y Alemania pedazos de la patria, ni en confiar a las armas de los moros herejes el rescate de sus Santos Doblones.

Terratenientes, obispos y banqueros, se encontraron reunidos otra vez. Desde meses atrás se venía hablando de este golpe. Y así como ya dijimos que la derecha terrorista tenía relativa impunidad para disparar sus armas contra Jiménez de Azúa o Caballero, o para asesinar a mansalva a dirigentes obreros de renombre escaso, hubiéramos podido agregar también que los generales y los coroneles enemigos de la República del Frente Popular tenían la suficiente libertad para realizar las maniobras en los lugares que elegían, para fortificar de antemano los puntos estratégicos, para apostar en los centros más vitales las tropas que les respondían.

En vano la prensa de la izquierda denunciaba diariamente la restauración feudal-capitalista que se acercaba a toda marcha. Con fecha 20 de Junio, un mes antes de la sublevación, el editorial de la revista "Juventud" de Madrid decía lo siguiente: "Todavía no se ha realizado dentro de los cuerpos armados del Estado la labor de republicianización precisa para que éstos sean una garantía segura de la revolución democrática". Y pocas páginas más adelante denunciaba con fotografías la organización fascista titulada "Unión Militar Española", asegurando que tenía sus cuarteles en Burgos y Zaragoza; que March les había abierto un crédito ilimitado, y que el gobierno podía encontrar

los el día que quisiera en la taberna tal y cual, de los Cuatro Caminos. Siete días después, el mismo semanario denunciaba de qué manera los carústas se aprestaban en Navarra, con el apoyo financiero de Joaquín Bau, el millonario de Tolosa, fabricante de aceites; y cómo recibían además las oportunas sugerencias del secretario del "Fascio Italiano", de Barcelona, y de unos sospechosos ingenieros alemanes de la casa Siemens. "¿Qué espera el gobierno de la República?", se preguntaba "Juventud". Y el 4 de Julio, dos semanas antes del estallido, el editorial llevaba por título "¿Hasta cuándo?" "¿Hasta cuándo el gobierno —dice—, cuyo principal punto de apoyo son los trabajadores, va a mantener su actitud vacilante?"

Para responder a la tempestad que se acercaba, la República apenas si disponía de algunas milicias y unas tropas de asalto. Cuando el asesinato de Calvo Sotelo —jefe civil del movimiento— precipitó la fecha del estallido, el gobierno de Madrid se encontró en el desamparo.

4°. El pueblo en armas

Los primeros días, lo sabemos bien ahora, fueron de un desconcierto que pronosticaba el desastre inminente. A través de unas sobrias palabras de Alvarez del Vayo nos ha llegado el testimonio directo: "No negamos que cuando estalló la revolución nos encontramos en una posición extraordinariamente grave". La huida de los marineros de la armada impidió el transporte de los 40.000 soldados de Africa con que Franco contaba y que le hubieran dado la victoria instantánea. Pero a pesar de tan grave tropiezo, la sublevación estudiada largamente se inició y desarrolló con un empuje extraordinario. El gobierno del Frente Popular hubiera caído ineludiblemente si las circunstancias no le hubieran obligado a echar mano del recurso que salvó a la Convención francesa en 1793: lanzar al pueblo armado en defensa de la república en peligro. A pesar de la distancia y del ambiente un fenómeno similar se ha repetido: contra la coalición de los monarcas, ayer, y contra la rebelión fascista en la España de hoy, sólo el fervor de los obreros y campesinos, los estudiantes y los empleados, los muchachos y las mujeres ha sido capaz de atajar la insurrección.

El ejemplo magnífico de los mineros de Asturias renació en las milicias del Frente Popular, y lo que no se había podido realizar en cinco meses de gobierno, se impuso en un día bajo el peligro de los mercenarios de Franco: la unidad antifascista de la España Nueva.

Una nueva república, en verdad, es la que está luchando, hace ya más de un mes; una nueva república cargada de porvenir como jamás lo tuvo España. ¿Es, acaso, la república burguesa esta que ahora defienden los obreros y los campesinos, los profesores y los ex ministros, los chiquillos y los viejos? ¿Es la "democracia", tal como hasta ahora se conoció en España, esta república vestida de "overall" que ha movilizado ya en su contra a la Italia victoriosa y a la Alemania parda?

¿Una guerra defensiva, nada más, contra la agresión armada de los viejos enemigos: el terrateniente ocioso, el fraile parásito, el industrial voraz, el financiero ávido? ¿O se trata, acaso, de algo nuevo, que asomó por vez primera en las revueltas obreras del 28 de Junio de 1854, que se afirmó con más conciencia en el '73, que se encrespó y aumentó de volumen en las olas huelguísticas del final del siglo XIX, que asestó en Octubre de 1934 una herida mortal al fascismo de España?

Plantear las preguntas equivale ya a resolverlas. La república de "over-all", que está ahora con el arma al brazo, es el hecho más decisivo de la historia de España. Desde la insurrección de los mineros asturianos, dijimos ya que España había puesto en hora su reloj; desde la actual república en traje de mecánico, España acaudilla a los trabajadores del mundo. Porque un hecho es seguro, inevitable, fatal: el proletariado en armas que ha salvado al gobierno del Frente Popular no ignora por qué ideales se está haciendo matar. Tiene ya a su lado, a todas las fuerzas vacilantes de la pequeña burguesía que hasta ayer lo miraban con recelo. Y si esa alianza se ha formado sobre todos los frentes es porque resulta indudable que en este momento de la evolución del mundo no hay más que dos líneas de enemigos: de un lado, un puñado de explotadores que el capitalismo internacional apoya; del otro, la totalidad de los explotados que la vanguardia proletaria arrastra. No es la defensa de un orden lo que ha hecho levantar a España su puño cerrado: es la convicción ardiente de que ha llegado la hora de cumplir las promesas tantas veces traicionadas. Y puesto que la burguesía se mostró incapaz, ahí está la clase obrera para cumplirlas con sus propias manos. Con esta diferencia que señala la altura del tiempo en que vivimos: cuando la clase obrera de hoy se dispone a realizar la revolución democrática ésta no puede ser sino el prólogo de la revolución socialista.

Se dirá, con razón, que lo anterior implica una buena dosis de profecía. En el momento actual no se ha definido todavía de

qué lado se inclina la balanza, y, por lo mismo, todo lo que se diga sobre las consecuencias del actual momento no puede resultar sino incierto.

No hemos ocultado — no podríamos hacerlo — que para nosotros, no sólo la suerte futura de España está definida a favor de la revolución obrera, sino también que la suerte inmediata está favorecida por la misma corriente de los hechos. No vamos a caer en la ingenuidad de discutir la insurrección desde el punto de vista militar. La superioridad técnica innegable de los fascistas ha quedado compensada por la decisión combativa de las milicias obreras y por la duración de la lucha que permitió organizarlas. Fanatismo religioso enardece a algunas de las tropas irregulares del fascismo; pero con ser estas muy escasas — la mayoría la forman como sabemos, la resaca miserable de la Legión Extranjera — no pueden encontrar en las regiones que ocupan la cordial simpatía que acoge en todas partes al proletariado en armas.

Admitamos como una hipótesis posible, aunque no probable, que a pesar de todo eso, el golpe restaurador llegase a triunfar. Una ola de terror blanco, qué terrible que la posterior a octubre en las Asturias, inundaría a España durante quién sabe cuanto tiempo. En los lugares donde han impuesto ya su tiranía, los fascistas han implantado en todas partes los tenebrosos "campos de concentración" de la Alemania parda. Pero permítasenos, por segunda vez, que invoque ahora un testimonio personal. He pasado por Asturias, ya lo he dicho, poco tiempo después de la sublevación de octubre bajo el terror de Lerroux y de Gil Robles. En Oviedo y en Gijón he tenido el honor de compartir, durante algunos días, la amistad de los mineros. Las tendencias políticas en que antes se dividían se habían atenuado dentro de un firme bloque antifascista. De la represión espantosa sólo quedaba el recuerdo de una gran infamia a vengar. Algunos años atrás, tal vez, el movimiento obrero habría quedado deshecho. En los días que vivimos no hay posibilidad de detenerlo. He contado en otra oportunidad cómo una tarde en el hospital de Oviedo, mientras visitaba a los obreros no repuestos aún de las heridas, uno de ellos me contaba los episodios en que había intervenido, con una imprudencia tan innecesaria, que me creí obligado a señalarle con un gesto, el soldado de fusil y bayoneta que se paseaba en la puerta de la sala. Mirándolo con desprecio, se volvió después hacia mí para decirme: "¿Cuidar-me?... ¿y para qué? Los fuertes... los fuertes somos nosotros".

Ese era el espíritu no sólo de las masas obreras después de

la reacción sangrienta, sino también el de la pequeña burguesía que sufrió igual que aquella los crímenes y los tormentos del terror fascista. Y si eso ocurría en los tiempos en que para defenderse del fascismo habían tenido las masas que arrancar con sus propios medios las armas al gobierno, ¿qué no será ahora en que el mismo gobierno se las ha confiado y en que ha llegado por fin la anhelada ocasión de vengar la "vieja afrenta"?

Unas cuantas preguntas se imponen, sin embargo. En el supuesto de que la insurrección quede deshecha, ¿las milicias obreras que han salvado a la República, serán capaces del suicidio que implicaría deponer las armas? Si las retienen, y se convierten de hecho en el brazo armado de la nueva República, ¿podrán resistir a la ofensiva fascista Internacional que apoya ahora a los insurrectos y que provocará después la inevitable intervención? ¿Disponen las masas obreras, en este mismo instante, de la organización adecuada y de los "cuadros" suficientes? Las dos primeras preguntas son imposibles de contestar, pero dependen, en gran parte, de la última.

Si antes del estallido del 17 de julio me la hubieran formulado, quizá hubiera dicho que no. Pero en este mes y medio que llevamos de lucha, la defensa de la República no sólo ha cohesionado en torno del proletariado a los sectores más heterogéneos, sino que ha entregado a las masas mismas el control casi total de su propio gobierno: organización de suministros, dirección de la producción, régimen de justicia, etc. Este hecho tiene de por sí una significación que quizá sea decisiva. Gracias a él, cuanto más dure el conflicto, más ascenderán las masas y sus jefes en la tarea difícil de su propio esclarecimiento. "La revolución — escribía Lenin en 1905 — enseña de un modo tan rápido y fundamental que parecería increíble en los períodos pacíficos de desarrollo económico. Y, lo que es particularmente importante, enseña no sólo a los directores, sino también a las masas".

Detengo aquí las conjeturas. Las deficiencias del movimiento obrero en España — resabios pequeño-burgueses, fragmentación en varios partidos que se entrecrocaban, escasez de equipos sólidamente capacitados — irán desapareciendo en el curso mismo de la lucha actual y en el largo y doloroso conflicto que vendrá después de la victoria. La capacidad creadora de las grandes masas tiene reservas incalculables. La defensa de la República ha demostrado ya, de lo que es capaz el entusiasmo y la voluntad de todo un pueblo.

De lo que será capaz quizá podamos enterverlo a través de

este rasgo que Eremburg ha relatado y que bien merece quedar al final de nuestro examen como una afirmación varonil de emocionante belleza. A un obrero de Turón, a quien después de octubre de 1934, un tribunal militar condenó a la última pena, Eremburg le preguntó durante cuánto tiempo había estado esperando la muerte. Y el obrero le dijo: "En capilla estuve quince meses. Pero yo no esperaba la muerte; esperaba la revolución".

DInCI

Las Revistas y los Libros

MARGARITA NELKEN. *Por qué hicimos la revolución*. Ediciones Europa-América, Barcelona.

Hoy en que las fuerzas democráticas y obreras de la España antifascista, están librando una lucha a muerte contra la reacción feudal y clerical, representada por el fascismo; cuando su voluntad se ha manifestado en acciones de una heroicidad extraordinaria, por la defensa de sus derechos y libertades, adquiere mayor relieve este libro de M. Nelken, que como dice la autora, proviene de recuerdos vividos y es la "explicación" del proceso revolucionario que culminó con el movimiento insurreccional de Octubre.

Fecha en septiembre de 1935 en la "patria de todos los trabajadores", llega a nosotros con algún retraso, pero no obstante es en estos momentos un elemento de gran valor histórico para juzgar el actual momento español.

Se inicia con el desastre de Annual—que significó el derrumbamiento del poder de la Monarquía en Marruecos—y culmina con la sangrienta y odiosa represión de Asturias.

Señala las distintas etapas de este proceso, el resquebrajamiento de la monarquía, las inmoralidades de la dictadura de Primo de Rivera, las vacilaciones de la República que había de confiar para el cumplimiento de su Constitución en los mismos que durante la Monarquía, en el Ejército, en la Administración o en la Enseñanza, sostenían el fanatis-

mo de la Corona; de esa República burguesa que respondiendo a sus intereses de clase, traicionó a aquellos que en León o en Badajoz, morían de inanición ante grandes extensiones de campo sin cultivar, esperando del Gobierno la aplicación del decreto sobre reforma agraria que había de liberarlos.

Pero junto a la descomposición del nuevo régimen, el pueblo de España, que durante siglos sufrió la opresión de la iglesia y del feudalismo, esclarecía su conciencia de clase a través de luchas intensas por la conquista de sus derechos.

Fueron la huelga de metalúrgicos, en Madrid, la huelga general en Zaragoza, la de campesinos en el sur, las que señalaron el grado de maduración de la clase trabajadora—estas huelgas adquirieron caracteres de epopeya y constituyeron una demostración elocuente de la posibilidad de lucha de ese proletariado que sufrió durante la República, idénticas persecuciones que durante el antiguo régimen.

Este mismo proletariado, había de demostrar su disciplina y potencia cuando respondió a la concentración fascista de Acción Popular en el Escorial, declarando la huelga general.

Y, posteriormente, en 1934, cuando la reacción entronzada en el poder provocaba día a día la insurrección, se lanzó a la Revolución por la emancipación total de aquellos que querían entrar los esclavos nuevamente al servilismo y la esclavitud.

M. Nelken, con criterio mar-

xista, señala los factores que contribuyeron a la derrota inmediata de la revolución. En primer término Cataluña, en quien confiaba toda España y cuya capitulación permitió el triunfo de la contrarrevolución, fué traicionada por su burguesía que atendiendo a sus intereses de clase, aliada al anarquismo, se colocó contra la voluntad de emancipación de los trabajadores.

Luego, la ausencia de espíritu revolucionario en muchos de los que habían de contribuir al triunfo de la insurrección. El desconocimiento de la capacidad de lucha del campesinado. La defecación de la propaganda revolucionaria en el ejército. La tendencia reformista y por lo tanto contrarrevolucionaria que sostenían representantes de los trabajadores y que en el momento de la acción se negaron a colaborar con ese proletariado a quienes ellos dirigían y representaban.

Todos estos factores contribuyeron a que las jornadas de Octubre, fueran reprimidas fuerosamente por el gobierno de la reacción, del gran capital español representado por Lerroux.

Sólo en Asturias triunfó la insurrección. Triunfó allí donde las fuerzas obreras marcharon unidas en la acción, donde se seleccionaron a aquellos que debían organizar y dirigir el movimiento revolucionario.

Después de octubre el pueblo español marcha a la conquista definitiva de sus derechos. Nos lo dice la autora en el último capítulo de su libro. Libro de recuerdos y experiencia, de emoción y enseñanza. — Elena Soria.

Commune, Número 35, Julio 1936.

Integran el sumario de este número un "Adiós a Gorki" de Roumain Rolland; una clarísima y en-

tusiasta alocución de H. R. Lenormand titulada "El teatro y la liberación de los pueblos" que dicho escritor pronunció en Madrid la noche del estreno de su pieza "Asia"; un vibrante discurso de Jean Cassou, "España nueva, Francia nueva" pronunciado también en Madrid en un banquete del Frente Popular; y varias colaboraciones literarias entre las que figuran: "Como nace un film" de Jean Renoir y Henri Jeanson; "La hija de Julia" de Pierre de Lescur; "¿Dónde vas esta tarde?" de Edith Thomas; y algunos poemas de Albert Soufflon y Fernand Jean y George Sullion.

En la sección "A la luz del marxismo", Henri Wallon firma un excelente trabajo titulado "Algunas consideraciones sobre la significación del materialismo dialéctico" y Henri Mineur comenta por lo menudo el libro de Paul Labérenne "El origen de los mundos que acaba de aparecer en la colección "Problemas" de las E. S. I.

Georges Sadoul estudia el primer número de la revista "Inquisitions"; Manuel Lelis comenta el sentido de los ballets de Kurt Joos y Jules M. Monnerot analiza la labor esencial de los hermanos Marx.

Además de los variados comentarios que integran las diversas secciones fijas, este número de *Commune* publica una introducción de Jean Fréville a una selección de trozos de Marx y Engels "Sobre la literatura y el arte" que las Ediciones Sociales Internacionales tienen en prensa, y una serie de valiosas sugerencias de René Bloch con respecto al plan de trabajo de entidades culturales creadas por amigos de *Commune*.

EUROPE, Número 163, Julio de 1936.

Contiene: "Ro man a p" de Rolland, "Adiós a Gorki" de Jean-Richard Bloch, "Gorki ha muerto"; "Ró-

main Rolland, "14 de Julio de 1789"; 14 de Julio de 1936"; Louis Guilloux, "Fragmentos" de un libro a aparecer; Vladimir Malaki, "Marianka" (relato); Maurice Martin du Gard, "Caracteres y con fidenas"; Robert Vivier, Poemas; Robert Honnert; "Madame Etienne Mettraz (II); Jean-Richard Bloch, "Coches de segunda y trenes de lujo"; un comentario sobre este aspecto de la vida en la U. R. S. S.; y las secciones acostumbradas de Crónicas entre las cuales se destacan: René Maublanc, "Jules Romains y su visión del mundo"; Charles Baudoin "A propósito del 80 aniversario de Sigmund Freud"; Manuel Leñis, "El misterio de la Pasión en el atrio de Notre-Dame"; León Werth, Nota sobre Shirley Temple y Tiempos Modernos; y León Limón, "A propósito de los sucesos de Palestina".

NEUEA CULTURA. Valencia. Julio de 1936.

Termina en este número el trabajo de José Bueno sobre "El problema agrario en España a través de la Historia", y el ensayo de Max Aub sobre "Antecedentes del teatro ruso contemporáneo". Las páginas gráficas "Testigos negros de nuestro tiempo", han sido montadas esta vez por José Renán sobre una notable extracción de textos del libro del profeta Isaías. Se transcriben, a propósito de la muerte de Gorki, el "Adiós" de Romain Rolland, un breve artículo de Jean Cassou y un trabajo del propio Gorki "Sobre el hombre nuevo". En la Sección Pedagógica, Juan Serrano Pons escribe acerca de "El maestro en la Unión Soviética"; y las páginas de Literatura están destinadas a comentar la poesía de Gil Albert y su obra, "Candente horror".

El editorial de este número comenta el discurso pronunciado en el Parlamento por Dolores Ibarruri,

de quien se publica también en la carátula una verídica fotografía.

LEVIATAN. Madrid. Julio de 1936

Publica en este número un entretenido "reportaje" de Ilya Eremburg a la España de hoy. Se titula: "La revolución española vista por un escritor soviético". Alfredo Lagunilla escribe acerca de la "socialización del plan nacional hidráulico"; S. Serrano Poncela sobre "La nueva constitución soviética y la democracia sin clases"; y Wilhelm Reich sobre "La represión sexual y el fascismo".

J. Falces Elorza traza en un breve trabajo el itinerario de la evolución política de Gorki, y César M. Arconada expone los motivos por los cuales "El fascismo no puede crear una cultura". Los textos escogidos de Marx se refieren esta vez al tema "Contradicciones del capitalismo y lucha de clases". En la sección bibliográfica son comentadas las siguientes obras: A. Lagunilla; "Dialéctica de los sistemas"; André Viollis, "S. O. S."; y Felicien Challaye, "Recuerdos sobre la colonización".

LA NUEVA PEDAGOGIA. Madrid. Número 3.

Este número está dedicado a la enseñanza española y los presupuestos. Colaboran: Rodolfo Llopis, Vicente Valls, Pablo Cortés y M. Martín del Arco. Trae sus secciones fijas de costumbre: "Editoriales"; "Panorama de la política pedagógica"; "Crítica de libros"; "Reseña de revistas" e "Índice legislativo".

MONDE. Montevideo. Año 1. Nº 7. Julio-Agosto 1936.

Contiene la traducción castellana de los siguientes trabajos: Robert Honnert "Fe y revolución" (¿Puede un católico tender la mano a un revolucionario?); Henri

Mineur, "La evolución dialéctica de la noción del tiempo"; Lucien Henry, "Del idealismo al materialismo" y Alexandre Zévaes, "Historia del 14 de Julio".

Trae además las siguientes colaboraciones: Denise Moran, "En Extremadura, con Margarita Nellen, diputada socialista"; Adami, "El pana y la guerra"; Leandro Nelli, "La censura en Italia"; Ernesto Giudice, "Fascismo y fenómeno universal fascista". Un mapa electoral de Francia explica "traficamento el triunfo del Frente Popular. Continúa la publicación de "Cartas de Marx a Kugelmann".

COMBAT. Organo de información y de doctrina. Bruselas. Nº 1 (fuera de serie). Julio de 1936.

Acaba de aparecer en Bruselas un semanario antifascista, "Combat", en el que colaboran gran parte de los miembros del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas de Bélgica.

El número primero trae una importante "Declaración de los Universitarios Demócratas", un trabajo sobre Gorki y varios ensayos agrupados en una página dedicada a Erasmo, además de una copiosa información y comentarios sobre la marcha del Frente Popular Belga, por cuya consolidación "Combat" ha salido a luz.

"Combat" que aspira a ser "la tribuna de los intelectuales unidos a los trabajadores" dice en su editorial de presentación: "Quisiéramos también apresurar en lo posible la concentración de las fuerzas intelectuales y obreras; ayudarlas a tomar conciencia de su solidaridad de clase. Los intelectuales se inclinan por tradición al individualismo. Nosotros queremos demostrarles que en nuestros tiempos deben hacer frente común con el pueblo o abdicar". Hacer frente común, desde el punto de vista esencial de la cultura, con-

tra un conjunto de falsos valores, de prejuicios, y de hipocrisías propios del orden establecido, que se oponen con todo su peso al surgimiento de un humanismo liberador. Hacer frente común, desde el punto de vista de la cuestión social, contra el desorden permanente que constituye una economía fundada sobre la injusticia. Hacer frente común, desde el punto de vista político, contra cualquier tentativa de instaurar un poder fuerte que obedezca a los consorcios financieros.

VIGILANCE. Boletín del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas, París. Números 40 y 41. 31 de Julio de 1936.

Publica periódicamente las informaciones relativas a las tareas de la entidad y una serie de colaboraciones firmadas en las que se analizan situaciones de interés para la marcha del movimiento antifascista.

Este número, de particular interés, pues se transcriben en él una serie de cartas y declaraciones relativas al último Congreso del C. V. I. A., y a la renovación de su Comité Director, publica entre otros trabajos, unas "Primeras notas" de Pierre Gérôme — sobre la ejecución del programa del Frente Popular — y "Algunos documentos nuevos para el aniversario de Julio de 1914" de Jules Isaac.

Abundantes notas referentes a la organización de los intelectuales antifascistas dentro y fuera de Francia, a su intervención en los conflictos en que participan sus propios países y a la coordinación de sus tareas en el orden internacional, demuestran claramente la importancia y la fuerza de este movimiento, en el cual el C. V. I. A. de Francia tiene la responsabilidad de ser iniciador y guía.

FEMMES. *Organo del Comité Mundial de Mujeres contra la guerra y el fascismo.* París. Número 24. Julio de 1936.

Bajo una excelente presentación, ilustrada con numerosas fotografías y proporcionando abundante material de lectura, la revista "Femmes" cumple su tarea de información respecto al movimiento femenino antifascista y antiguerrero en el mundo.

Diversos problemas que interesan por igual a mujeres de todos los sectores, son tratados en comentarios sencillos a propósito de cualquier acontecimiento particular; la vida cara, el verano, el movimiento sindical o el voto femenino, por ejemplo. No faltan las secciones destinadas a la atención de la belleza, la economía doméstica, el deporte, o la moda, lo que presta a sus páginas el máximo de variedad e interés.

Resúmenes entusiastas traen noticias del trabajo realizado por las agrupaciones femeninas en los

distintos países. Entre algunos otros hay en éste número uno que está dedicado al Congreso Femenino de Montevideo.

POLEMICA. La Habana. Año 2, número 5. Julio de 1936.

SUMARIO: Rol político de los estudiantes, por Alberto Arredondo; La novela italiana contemporánea, por Aurelio Boza Masvidal; Esquema del panamericanismo, por Guillermo de Zúñeque; Nacionalismo y socialismo, por Rafael García Bercena; La canción del albatros, de Máximo Gorki; La dictadura sistema de hoy, por Carlos Tablada; Pichinche, por Felipe de Pazos y Roque; Lamento de río en miedos, poesía, por Serafina Núñez.

Un buen servicio (cuento), por Tomás Savignoni; Un punto de sugerencia, por Rafael J. Larragoiti; Minería cubana, por Antonio Calveche; Canción de la amable tucura, por José Angel Buesa.

Marta Blanco.

De la vida argentina CARTA A JACQUES MARITAIN

"Cuando oigas la palabra cultura
dispara tu revólver" (Consigna nazi)

Cuando Waldo Frank estuvo en Buenos Aires por segunda vez, ya comunista o, por lo menos, entusiasta simpatizante, los amigos que lo rodearon — según se dijo — lo distrajeran al extremo de impedirle comprobar que, salvo lógicas diferencias por razones a o b, acaban al pueblo argentino los mismos problemas que al pueblo norteamericano y europeo. "Aquí no hay problemas. Este país vive su época pastoril, de égloga", le habrían dicho. Y él repitió en un artículo publicado en Nueva York algo por el estilo.

Waldo Frank estuvo en Buenos Aires y no vio la desocupación. (Había miles de desocupados en Puerto Nuevo y más de 300.000 en todo el país). Recorrió buena parte del país y no vio el drama campesino. (La voracidad patronal, la entrega al imperialismo, restos de feudalismo, etc.). De vuelta a Estados Unidos publicó aquel artículo abundante en falsedades.

Estoy seguro que Waldo Frank de venir por tercera vez "vería" todo lo que antes no vio y más, si se piensa que muchos de aquellos amigos que lo rodearon saben ahora no sólo que esos males existen sino también que se han agravado. Pero cada vez que recuerdo el error de Frank pienso que otros intelectuales extranjeros pueden incurrir en el mismo.

Desde luego su caso, M. Maritain, es distinto. Otra gente lo rodea y usted viene como filósofo católico militante. Pero, al igual que Frank puede llevarse una idea equivocada de nuestro medio, de nuestro país, y eso sería lamentable. Quiero además, apuntar una contradicción.

No voy a discutir aquí sus ideas, naturalmente, — y sería una pretensión mía — sobre política y religión. Creo que las obras fundamentales del marxismo explican ambos hechos y aclaran la confusión en que usted cae con frecuencia, por ejemplo en su reciente "Carta sobre la Independencia", tan interesante. Es evidente que el hombre asiste desde la caverna — o desde Adán, si usted quiere — a un proceso de transformación. Pretender resolver los problemas de la hora con la Iglesia no pasa de ser una ilusión y una contradicción si se reconoce que la Iglesia atrasada, es cómplice de las fuerzas que imponen al hombre condiciones indignas de vida. Proponer un "tercer partido" supone ingenuidad. Pero respeto en usted, Jacques Maritain, la ca-

lidad del escritor, la pasión, la sinceridad y la conducta de una vida.

Yo dije a mis camaradas a mi regreso de España en enero de este año que usted, Jacques Maritain, había adherido al Frente Popular de Francia y había desfilado el día 14 de julio de 1935 en la plaza de la República. Aseguran por ahí que usted ha desmentido eso. He discutido con alguno remitiéndolo al testimonio — entre otros — de Robert Desnós, el poeta compatriota suyo. Pero mis camaradas y yo, por otra parte, no olvidamos su colaboración en "Vendredi", su firma en el manifiesto contra la actitud de Italia en Abisinia, su leal intervención en el proceso Gide en la "Unión pour la Verité", sus artículos que, como el último, tienen un visible contenido antifascista, y seguimos creyendo que usted, a pesar de su catolicismo y su anti-comunismo, coincide con nosotros, intelectuales antifascistas y revolucionarios, en el repudio al fascismo que quema libros de Heine, que encarcela a Rehn, destierra a los Mann, Bert Brecht, Anna Seghers, maltrata al judío — y al católico — anula la audacia creadora, acentúa la indignidad y la injusticia, es enemigo de la condición humana.

Ahora mismo, para reforzar mi creencia, he vuelto a leer su carta en "Sur" y he encontrado nuevas críticas a la sociedad actual — y a la Iglesia — que encierran un repudio terminante al fascismo.

Pero ¿v su actitud en Buenos Aires? ¿Está de acuerdo con sus ideas, M. Maritain? Creo que no, desgraciadamente. Usted ha venido a pronunciar conferencias a un círculo católico cerrado, notoriamente fascitizante, a un círculo de cristianos, que no creen como usted que la Iglesia debe renovarse y que creen contra usted que Hitler y Mussolini son dos bendiciones del cielo. Usted está rodeado por enemigos del pueblo, por enemigos de la libertad, por gente que desprecia la masa demostrando su estupidéz como los espectadores de "Coriolano" a que usted alude en su carta; por sacerdotes cómplices de una burguesía decadente y agresiva; por fanáticos católicos — con complejo de Torquemada —; por escritores venales que sonríen al secretario de Hacienda de la Municipalidad que los protege; por intelectuales que adhirieron a Mussolini a raíz del asesinato de miles de infelices abisinios y que acaban de adherir a los generales perjueros que llevaron a España a los moros y a los fascinosos de la Legión Extranjera para que, refugiándose en templos y alcázares y alambarras decretaran su destrucción disparando desde allí sus armas contra los hombres, contra las mujeres y contra los niños del pueblo español.

¿Cómo es posible que usted, Jacques Maritain, católico sincero, escritor honrado y antifascista no haya repudiado todavía a la hez católica y fascista que lo rodea? ¿Qué dijo usted a su retorno a París, a sus colegas, cuando le preguntan qué ha visto y qué ha hecho en Buenos Aires?

No quiero creer que los católicos argentinos que lo rodean — firmantes de la adhesión al fascismo criminal de España — lo hayan presionado para que no abra opinión sobre el fascismo o convencido de que en nuestro país tal problema — tal amenaza

za — no existe. Usted no se dejaría sobornar. Pero esperamos, mis camaradas y yo, una palabra suya que justifique esta contradicción: Maritain, católico antifascista, se ha rodeado en Buenos Aires de católicos fascistas. Católicos fascistas o fascitizantes que significan la venalidad, la mediocridad pavorosa o el turbio resentimiento.

Raúl González Tuñón

EL CARACTER DEL PADRE LABURU

Al mismo tiempo que el general Millán Astray disertaba en Buenos Aires sobre "el honor de los caballeros" — y quien mejor para hablar de ese tema que el pundonoroso jefe de la Legión Extranjera —, un reverendo padre jesuita, José Antonio Laburu, iniciaba sus copiosas conferencias sobre el carácter.

¿Quién era este "psicólogo" que nos llegaba de pronto, y para quien — igual que al general — se abrían de par en par las puertas de los clubs aristocráticos y de los centros culturales de derecha?

Nadie sabía una palabra. Entre las pocas, muy pocas personas, que en la Argentina se ocupan de esas cosas, el nombre del padre Laburu era totalmente ignorado. Los que conocían al padre Gemelli, de Italia, o al padre Jouasse, de Francia, ¿cómo podían desconocer la existencia de este otro padre "psicólogo" que de la noche a la mañana levantaba su tribuna y empezaba a exponer sobre los temas más difíciles?

Entre ovaciones y murmulos admirativos comenzaron a decir que se lo había escuchado en otras partes. Dobles filas de automóviles señalaban en cualquier ciudad el local en que dictaba sus lecciones, y era tal el tropel que se producía para oírlo que resultaba necesario, siempre, reglamentar minuciosamente el acceso al salón de conferencias.

Una explicable curiosidad nos llevó a conocerlo. En la biblioteca del Jockey Club, de Buenos Aires, el R. P. José Antonio Laburu S. J. anunció para el día 13 de julio de 1936 una conferencia sobre "La psicología del toro de lidia en el campo". ¿Qué me dicen ustedes? Pues tal como lo oíen: la psicología del toro de lidia en el campo... La cosa, como se comprenderá, no podía ser más tentadora. Ningún tratado de psicología se había ocupado hasta ahora de ese tema; ningún psicólogo, que yo sepa, lo había abordado hasta estos días. ¿Qué cosas singularmente interesantes iría a decir el R. P. José Antonio Laburu S. J. sobre la psicología del toro, a todos esos fuertes estancieros del Jockey Club que tan bien han resuelto su vida a expensas de las vacas? Eso era lo que íbamos a aprender el 13 de julio de 1936.

Con explicable ansiedad aguardamos dicho día, hasta que el día vino. La sala estaba, como de costumbre, deslumbrante. Quizá un poco más que lo habitual. Cuando un sacerdote es el que habla, una secreta consigna obliga a presentarle un auditorio "como nunca". A duras penas conseguimos un lugar, y aunque nos distraía no poco la presencia "capiteuse" de varias vecinas to-

davía más distraídas que nosotros, conseguimos devorar una por una las suculentas palabras del reverendo José Antonio.

Cuando volví a mi casa y me dispuse a escribir para "Dialéctica" lo que acababa de escuchar, un escrúpulo me detuvo. Estoy acostumbrado a no escribir una línea sin dar al pie de la página la indicación exactísima de la obra o del artículo en que se pueda comprobar lo que yo digo. ¿Qué hacer ahora, frente a esta conferencia singular, tan fuera del orden común, tan difícil de explicar o resumir? De otras conferencias, mal que mal, se puede dar en pocos párrafos la doctrina general que la ha animado, con las conclusiones precisas que la resumen. En el caso de la conferencia del padre Laburu la tarea es muy distinta. El R. P. José Antonio es un conferenciante que casi casi podríamos llamar "pantomímico". La mitad de lo que piensa lo expresa con interjecciones, onomatopeyas, ruidos guturales, gestos intraducibles. ¿Se imaginan ustedes la desesperación de alguien que quisiera resumir un monólogo de Pepe Arias y comprendiera de pronto la incapacidad del instrumento verbal para traducir el paso de camello, las miradas de rojo, los hombros cargados, los pliegues de la frente, el labio colgante, el ceceo malicioso? ¿Se imaginan ustedes la desesperación de un cronista que tuviera que expresar en palabras — en "faena conceptual" como diría Ortega y Gasset —, una conferencia de Marcelo Ruggero en que siete u ocho frases de sentido abstruso se iluminan de pronto bajo un solo "¡Buaaah!" oportuno y genial?

Comprenderán ahora con cuánta alegría recibí al poco tiempo la versión taquigráfica de la famosa conferencia que el Jockey Club había tenido la felicísima idea de imprimir y regalar. ¿Con qué alivio puedo ahora transmitir a mis lectores, citando página y columna, algo de lo mucho que dije y dió a entender el reverendo José Antonio!

La advertencia que precede a la versión taquigráfica es por demás elocuente: «Esta es la versión taquigráfica de la conferencia del R. P. José Antonio Laburu S. J. que por ser de él, no puede ser la versión taquigráfica ordinaria. En efecto: la modalidad específica, peculiar del padre Laburu, su modo gráfico expresivo de exponer, el gesto, que dice en él muchas veces más que las palabras, faltan en esta versión». Como se vé, la fórmula «que por ser de él no puede ser la versión taquigráfica ordinaria» vale aquí un Perú. No nos detengamos en ella y pasemos cuanto antes al texto mismo de la conferencia. He aquí el primer párrafo: «Al recibir la invitación de hablar aquí, en el Jockey Club, tuve una duda sobre la elección del tema y pensé que el más adecuado a la entidad Jockey Club, para tratar esta noche, en este espacio, era el de la psicología del toro de lidia en el campo, pero creo que el que pasaré a desarrollar tiene la ventaja de poder hacer bien durante tres cuartos de hora a los que me escuchan» (pág. 21). El lector habrá advertido que esta introducción es del más riguroso método Ollendorff: «sabe us-

ted de qué color es éste libro?». «No, señor, no lo sé; pero sé adónde está el sombrero de mi tío». Lo más adecuado era la psicología del toro; pero hablaré del carácter para hacer bien a los que me escuchan...

Un poco de coraje; y prosigamos. Para el padre Laburu todo lo malo que ocurre en el mundo se reduce a un solo motivo: a «la trascendencia de un mal carácter». Ya vamos a ver que esta aparente tontería tiene un muy claro sentido social. Por el momento, tratemos de acompañar su pensamiento en lo posible. El padre Laburu analiza a continuación el problema del carácter. Son dos o tres páginas de psicología elemental, deshilvanadas y vulgares: la exposición de un mal alumno en un examen de psicología; pero no de un mal alumno cualquiera, sino de un mal alumno desfachato que se sale del tema, elude los problemas espinosos, y quiere impresionar a los jurados.

Pero en la conferencia del señor Laburu, esas páginas primeras de «psicología general» no tienen importancia para los fines que persigue. Empezan a dibujarse en las páginas que dedica a lo que en lenguaje técnico se llama «tipología psicológica», ciencia moderna y sugestiva pero que en manos del padre Laburu, S. J., se convierte en la más pintoresca y divertida de las chuscadas.

Porque el muy churrullero padre José Antonio resulta a la larga, si se tiene paciencia para seguirlo, el más entretenido de los «psicólogos» de feria. ¿Cómo transcribir los «retratos», — de algún modo hay que llamarlos — que nos da del retraído, el tímido, el egoísta, el rencoroso, el fanfarrón, etc.? Escuchémoslo: «¿Saben ustedes lo que es un terco psicológicamente? Bien definido, un terco es una persona enormemente cabezuda porque tiene una poquísima cabeza» (pág. 26). ¿Delicioso, no?

¿Quiéren saber lo que es un egoísta? «A este, ni su padre ni su madre le importan. Tipo calculador, que comparte su vida con una mujer de fortuna, y que mientras ella se debate en la agonía, él, tipo frío, sádico, está asistiendo a un match de boxeo. No se mueve por nada y se queda tieso» (p. 24)

¿Les queda fuerzas para aprender lo que es un tipo contradictor? Decidanse, porque es inigualable: «El tipo del genio contradictor. Voy a ser un poquitín irónico. Tenemos nosotros un animalito por nuestra tierra, que aquí llaman de otra manera, que cuando quiere el casero vasco que entre a la pocilga, que no se empuñe en empujarlo, porque es peor; porque se empuña y no hay nada que hacer. ¿Saben lo que le hacen? Lo agarran del rabito enrollado y le tiran para atrás: entonces vá para adelante» (p. 26). ¿Qué se puede decir después de esto? Jamás desde que la psicología existe como ciencia se ha oído hablar en esa forma; jamás desde que el Jockey Club inventó su biblioteca se ha escuchado a un orador expresarse de ese modo. Pero esta vez se trata de un reverendo padre S. J. ¿y quién se atrevería a protestar?

En manos del reverendo padre José Antonio ya hemos visto a lo que han quedado reducidas la «psicología general» y la «tipología psicológica». Pero ni la una ni la otra, justo es decirlo, interesan en lo más mínimo ni al divertido padre Laburu ni

al atildado auditorio que a pesar de todo lo escuchaba. Un acuerdo tácito había entre los dos. Tanta vulgaridad y tanta chocharrería debían tener, y la tuvieron, la más amplia de las compensaciones. ¿Imaginan ustedes, por un momento, el íntimo regocijo de la sala cuando a propósito del «tipo amargado», el padre Laburu abordó la cuestión social? «El problema social, en el fondo, es un amargor», dijo. «Hay gente que está amargada, aún cuando no tenga razón para estarlo, con cierto núcleo de la sociedad». La frase aparentemente no es muy clara, ¡Pero con cuánta rapidez la comprendió su auditorio, con cuánta gratitud se la aplaudió! Eso, precisamente, es lo que buscaba: el problema social no es más que la creación de unos cuantos amargados... «En el fondo es un amargor que como cuando en una vaquilla que ha contenido vinagre echáis Domecq u Oporto, se te avinagra, hay tipos amargados en que socialmente no les cae nada bien; tipos que lo estamos pagando todos y que por desgracia hemos puesto nosotros la causa del amargor. Si les concedéis lo que solicitan, se avinagran con lo mismo que le concedéis».

Si la primera frase causó en la sala un escalofrío delicioso, la segunda mereció una ovación. Eso es hablar bien, con propiedad y con justeza. No importa que el orador resulte bastante «guarango», y que lo del «arbitrio enrollado» sea un poco fuerte, y lo del «se te avinagra» no esté muy bien que digamos. Pero si la explicación del problema social mediante la «amarzura» era de por sí un hallazgo, esta reflexión final resultaba todavía más feliz. Eso es: Nada de mejoras obreras ni de consideraciones con semejantes amargados. ¡Cuánto más se les concede, más se te avinagra!

«Somos unos perfectos cobardes — continúa el padre Laburu — no tenemos valentía para ser sinceros. Si queremos evitar algo tomemos conscientemente medidas serias y enérgicas. Si no hay una pequeña campaña social en que los hombres valientemente se decidan a cerrar los centros contaminadores de ideas, es inútil, la idea arrolla» (p. 27).

«Cerrar los centros contaminadores de ideas»... Muy bien, padre Laburu, eso es lo único que usted tenía que decir. Y lo ha dicho. ¿Para qué hablar entonces de psicología, y de tipología y de gran simpático? ¿Qué otra cosa podría usted defender en este instante? ¿No es por eso, porque viene a sostener la necesidad de «cerrar los centros contaminadores», que los clubs aristocráticos le disculpan sus modales de carretero, que los diarios de la derecha le dan amplia publicidad a sus «conferencias», que el sabio y prudente Dr. Houssay le brinda su cátedra de la Facultad de Medicina?

Luis Muriel.

Ecos del mundo

Uno de los más grandes trusts de fabricantes de cañones del mundo, la "Vickers Ltd." acusa un beneficio de 102 millones de francos en 1935 contra 30 millones en 1934. Los beneficios de la "Vickers Armstrong", una de sus numerosas filiales, se han duplicado, pasando a 85 millones de francos en 1935.

La sociedad sueca "Bofors", gran productora de material de guerra, anuncia que el año 1935 le ha resultado altamente satisfactorio. Los pedidos, que en 1934 alcanzaron la suma de 27 millones de coronas, llegaron en 1935 a 76 millones.

La "Bofors" ha aprovechado esta situación para extender sus operaciones, y así ha asimilado una empresa rival, la "Nydo-vist", cuya compra será financiada sin desembolsar ni un centavo. La "Bofors" dará en pago 4 ó 5 millones de coronas de sus propias acciones, al precio más alto.

Luego de largas negociaciones, los establecimientos Krupp han logrado invertir en Yugoslavia un capital de cerca de 37 millones de francos, destinado a equipar de manera más moderna las usinas metalúrgicas de Zenita en Bosnia. Resultará así el único establecimiento que en la península báltica puede rivalizar con las fábricas Skoda de Checoslovaquia, cuya dependencia del Creusot es bien conocida. Esto hace presumir una acentuación de la concurrencia entre los mercaderes de cañones franceses y alemanes en el centro de Europa y en los Balcanes.

La instalación de Krupp en Yugoslavia es una nueva confirmación de la penetración económica y política que Alemania lleva a cabo en ella.

Las "Cinco Casas" son, en el Japón, el equivalente de lo que se llama "las doscientas familias" en Francia. En su reciente obra, "El peligro japonés" (Le péril Japonais, Payot, Paris), Upton Close presenta a través de ellas un balance significativo de la plutocracia japonesa.

La casa de los "Mitsui" fundada hacia mediados del siglo XVII está en manos de once familias que controlan y poseen más de la mitad de la producción total del imperio.

Sus rivales, de la casa "Mitsubishi", poseen catorce grandes corporaciones que se ocupan de operaciones financieras, seguros, transportes, etc., y su antigüedad se remonta solamente a tres generaciones.

El trust "Mitsui" sostiene el partido Seyukai que es el de la alta industria y el gran comercio. El trust "Mitsubishi" sostiene el partido Minseito que sigue particularmente al capital financiero.

El tercer lugar se disputan los grupos "Soumitomo" y "Yasouda", el primero de los cuales detenta el monopolio japonés del cobre, y el segundo comprende 30 compañías que se ocupan, sobre todo, de negocios bancarios.

La cuarta casa está representada por el trust "Souzouki" que se interesa principalmente por las materias primas y detenta el monopolio del aprovisionamiento mundial de alcañfor de Formosa.

Por último, el trust "Shibuzarva" es considerado como la quinta casa del Japón, y controla 30 compañías que se ocupan de industrias textiles, ferrocarriles, etc.

Estas "5 casas" están igualmente interesadas en las expediciones de conquista que aconseja el partido militar japonés. Nada podría éste sin su apoyo, y de allí las estrechas relaciones entre el estado mayor nipón y los trusts.

La importación de petróleo en los 14 países europeos más importantes se elevó en 1935 a la cifra record de 28.405.000 toneladas. El aumento con respecto al año anterior es de 6,6 por ciento. De estos países, Alemania, Holanda, Suiza y Austria (es decir, los que han servido de compradores intermediarios para Italia) son los que tienen el aumento mayor, que alcanza al 21,7, 14,5, 14 y 13 por ciento, respectivamente.

La utilización puramente militar de ese petróleo está demostrada por el hecho de que el fuerte aumento recae sobre el "petróleo bruto" que por primera vez en la historia de la economía petrolera de Europa se ha colocado a la vanguardia de la importación.

Hay quienes anuncian que la crisis llega a su fin. Sin embargo, Alemania que tenía 2.604.700 desocupados a fines de diciembre de 1934, tenía todavía 2.507.000 a fines de diciembre de 1935. En Dinamarca el porcentaje de desocupados, que se elevaba a 30,3 por ciento hacia fines de 1934 se elevó a 31,4 por ciento hacia

fines de 1935. Francia que declaró 419.129 desocupados inscriptos en 1934, declaró 439.783 en 1935. De un año para otro los Países Bajos han pasado de 182.170 a 335.931. En Suiza el porcentaje ha saltado del 8,2 al 10,7. En Inglaterra, el Ministro del Trabajo se ha visto obligado a declarar que si había 180.000 desocupados totales hace un año, hay todavía casi 170.000. En cuanto a Estados Unidos, donde la producción aumentó el 14 por ciento en 1935, pero donde el mejoramiento del poder adquisitivo de los salarios no ha sobrepasado el 3 por ciento, existen todavía 12 millones de parados.

La situación económica presente de Indochina ilustra perfectamente el principio del imperialismo en general y del imperialismo francés en particular. Los capitalistas de la metrópoli explotan al máximo las materias primas de la colonia (en Indochina: caucho, carbón, etc.) a precios que resultan extremadamente reducidos. Y le venden, por el contrario, productos manufacturados a precios elevadísimos. Tal el principio de todo "Pacto Colonial". Gracias a éste, no se permite a la colonia industrialización alguna, fuera de la explotación de las materias primas. Si ésta llega alguna vez a fabricar productos manufacturados las metrópolis le oponen barreras aduaneras infranqueables. Esa es la situación de Indochina; mientras que Francia, por el contrario, encuentra allí el caucho que necesita al precio más bajo que existe: un franco y medio el kilo; siendo su precio de venta sobre el mercado mundial de 5 francos el kilo.

La organización Hearst en Estados Unidos, posee 28 diarios, 16 revistas y 4 periódicos ingleses. Abarca 30 millones de lectores, y vende informaciones y material a 2.200 diarios de Estados Unidos y a 90 países extranjeros. Su director Hearst, posee 31.000 empleados de ambos sexos; dirige también el King Feature Syndicate que vende más del 14 por ciento del material de prensa sindicada consumido en los Estados Unidos, y dispone, además, de ocho estaciones radiotelefónicas.

Los Hearst son igualmente propietarios rurales. El "Rancho" Babicora, en México, mide 360.000 hectáreas. Para ir desde la entrada hasta la casa es necesario recorrer 117 kilómetros, y restan aún 96 para llegar hasta el límite más alejado. Hearst posee, además, otros ocho "Ranchos", terrenos petrolíferos, inmensos bosques en México, maderas de construcción en Florida y un vergel que ha producido el año pasado 250.000 latas de frutas en conserva. Además de sus castillos de San-Simeón y de Wynton, Hearst posee otro en Long-Island, y uno en Londres. Pero es en la isla de Manhattan donde se encuentra su propiedad más for-

midable: sus posesiones alcanzan allí más de 600 millones de francos. En total, la fortuna personal de Hearst es avaluada en más de dos billones de francos.

Cuando la República Española realizó la famosa "reforma del ejército" que tanta popularidad le dió al señor Manuel Azaña, se limitó a imponer un juramento de lealtad a la República como garantía suficiente para entregar los puestos de confianza. Entre los que juraron voluntariamente defender a la República, y que dieron, por lo tanto, la única garantía que el señor Azaña impuso, se encontraban el general Fanjul, subsecretario de Guerra; el general Franco, jefe de la guarnición de Madrid; el general Goded, jefe del Estado Mayor Central.

CeDInCI

DIALÉCTICA

BIBLIOTECA Dirigida por ANIBAL PONCE

MAIPU 220

BUENOS AIRES
ARGENTINA

Paralelamente a la revista, una biblioteca de autores extranjeros y nacionales completará con ediciones económicas, pero pulcramente presentadas, la vasta obra de cultura que nuestra empresa inicia.

Dividida en seis secciones, - Polémica, Teoría, Historia, Nuestra América; Los Precursores, Los Filósofos, - nuestra biblioteca comenzará la serie publicando en breve plazo los siguientes volúmenes:

PRECIO DEL VOLUMEN
SIMPLE: 0,50 CTS.

PRECIO DEL VOLUMEN
DOBLE: \$ 1.00

SERIE «POLEMICA»: LAFARGUE.—Por qué cree en Dios la burguesía.
(Agotado)

SERIE «TEORIA»: PLEJANOV. La concepción materialista de la historia. MARX. La cuestión judía.
(Apareció)

SERIE «HISTORIA»: MATHIEZ. Danton. KAUTSKY. La lucha de clases en Francia en 1789.

SERIE «NUESTRA AMERICA»: AGOSTI. Crítica de la reforma universitaria.

REMITASE EL IMPORTE EN
CHEQUE POSTAL A NOMBRE
DE „DIALÉCTICA“



eD InCl